CAMPAÑA

DEL

GENERAL ALVEAR

EN LA

GUERRA DEL BRASIL

EN

1826-27

POR VICENTE F. LOPEZ

BUENOS AIRES

Imprenta y Librería de Mayo, Chacabuco 344

1894

CAMPAÑA DEL BRASIL EN 1826

ESTADO SOCIAL DE LA BANDA ORIENTAL—CAMPAÑA DEL BRASIL—VICTORIA DE ITUZAINGÓ

SUMARIO:—El caudillaje en la Banda Oriental—Lavalleja y Rivera — Mediocridad de Lavalleja — Necesidad de su influjo—Perfidias y vicios de Rivera—Rasgos característicos de los dos partidos —Principales gefes de la insurreccion—Manuel Oribe—Servando Gomez—Situacion respectiva de las fuerzas brasileras y de las argentinas—Contingentes de las provincias—Traicion de Rivera—Montoneras orientales y sus agresiones contra el ejército argentino—Confirmacion elocuente de las previsiones de don Manuel José Garcia—Pruebas de la traicion de Rivera—Su fuga á Santafé auxiliada por J. M. Rosas—Alvear toma el mando del ejército—Rápida disolucion y persecucion de las montoneras—Apresamiento de los cabecillas de la faccion Rivera—Pacificacion de la provincia—Plan de campaña—Sorprendente marcha por Tacuarembó—Sorpresa y rompimiento de la línea enemiga—Operaciones en las cabeceras del *Rio Negro*—Vacilacion y confusion de las divisiones brasileras—La division austriaca abandona sus posiciones y se abriga en las sierras—Ocupacion de *Bayés* y de *San Gabriel*—Toma y destruccion de los parques y de los depósitos del enemigo—Accidentes

contrarios—Marcha sobre la izquierda— Suposiciones erróneas del enemigo—Su sorpresa y victoria en el campo de *Ituzaingó* — Reprensible conducta de Lavalleja—Operacion incompleta del coronel Lavalle—Brandzen—Paz—Olavarria—El general Soler en el Centro—Impotencia y postracion del gobierno presidencial—Necesidades apremiantes del ejército—Comentarios sobre la importancia y los efectos de la victoria—Operaciones fluviales del Almirante Brown—Deficiencia lamentable de nuestras fuerzas marítimas — Viage y naufragio de los buques comprados en Chile—Espléndida victoria del *Juncal*—Regreso del vencedor á la Capital—Desembarco—Desastre de los brasileros en *Bahia Blanca*.

Asi que los brasileros se retrageron á sus fronteras á reponerse del contraste sufrido en *Sarandí*, estalló entre Lavalleja y Rivera el deseo de anularse y de hacerse dueño, este ó aquel, del mando absoluto de la provincia. Ambos merecen que los estudiemos detenidamente para que veamos cual era el estado del país en que àctuaban, y quienes eran ellos. No es posible encontrar, ni inventar siquiera, dos caracteres—dos figuras—mas diversos y contradictorios, en lo moral y en lo físico, que los de estos dos personages.

Lavalleja, en cuerpo como en ingénio era un hombre corto, rechoncho, de busto cuadrado: de una musculatura atlética, bien acentuada en los brazos, en las piernas y en el cuello metido entre los hombros con un encage robusto.

PARASISMO DE LA VIDA SOCIAL

Y DESCENSO FATAL DEL ORGANISMO POLÍTICO HÁCIA LA TIRANÍA ABSOLUTA

CAPÍTULO I

ESTADO SOCIAL DE LA BANDA ORIENTAL— CAMPAÑA DEL BRASIL — VICTORIA DE ITUZAINGÓ

SUMARIO:—El caudillaje en la Banda Oriental — Lavalleja y Rivera — Mediocridad de Lavalleja — Necesidad de su influjo—Perfidias y vicios de Rivera—Rasgos característicos de los dos partidos — Principales gefes de la insurreccion—Manuel Oribe—Servando Gomez—Situacion respectiva de las fuerzas brasileras y de las argentinas—Contingentes de las provincias—Traicion de Rivera—Montoneras orientales y sus agresiones contra el ejército argentino—Confirmacion elocuente de las previsiones de don Manuel José Garcia—Pruebas de la traicion de Rivera—Su fuga á Santafé auxiliada por J. M. Rosas—Alvear toma el mando del ejército—Rápida disolucion y persecucion de las montoneras—Apresamiento de los cabecillas de la faccion Rivera—Pacificacion de la provincia—Plan de campaña—Sorprendente marcha por Tacuarembó—Sorpresa y rompimiento de la línea enemiga—Operaciones en las cabeceras del *Rio Negro*—Vacilacion y confusion de las divisiones brasileras—La division austriaca abandona sus posiciones y se abriga en las sierras—Ocupacion de *Bayés* y de *San Gabriel*—Toma y destruccion de los parques y depósitos del enemigo—Accidentes

contrarios—Marcha sobre la izquierda— Suposiciones erróneas del enemigo—Su sorpresa y derrota en el campo de *Ituzaingó*— «Reprensible conducta de Lavalleja— Operacion incompleta del coronel Lavalle—Brandzen— Paz—Olavarria—El general Soler en el Centro—Impotencia y postracion del gobierno presidencial—Necesidades apremiantes del ejército—Comentarios sobre la importancia y los efectos de la victoria—Operaciones fluviales del Almirante Brown—Deficiencia lamentable de nuestras fuerzas marítimas — Viage y naufragio de los buques comprados á Chile — Espléndida victoria del *Juncal*—Regreso del vencedor á la Capital—Desembarco—Desastre de los brasileros en *Bahia Blanca*.

Asi que los brasileros se retrageron á sus fronteras á reponerse del contraste sufrido en *Sarandí,* estalló entre Lavalleja y Rivera el deseo de anularse y de hacerse dueño, este ó aquel, del mando absoluto de la provincia. Ambos merecen que los estudiemos detenidamente para que veamos cual era el estado del país en que actuaban, y quienes eran ellos. No es posible encontrar, ni inventar siquiera, dos caracteres—dos figuras—mas diversos y contradictorios, en lo moral y en lo físico, que los de estos dos personages.

Lavalleja, en cuerpo como en ingénio era un hombre corto, rechoncho, de busto cuadrado: de una musculatura atlética, bien acentuada en los brazos, en las piernas y en el cuello metido entre los hombros con un encage robusto.

Podria tomársele por un mojon de piedra dura si no fuese que sus movimientos, algo intempestivos, denotaban un espíritu enérgico y resuelto, aunque sin aplomo conciente, como si estuviera en una postura incómoda. Accionaba mas de lo que decia, pero sin gracia, deformando el concepto, y quedándose por dentro con una parte de lo que habria querido expresar. Tenía la cabeza abultada. Fugitivas las líneas de la frente, se deslizaban hácia el cráneo sin ofrecer perspectiva desenvuelta. Nadie, por bien inclinado que le fuera, podria hacer el elógio de su belleza. Llamaba la atencion el grosor y la frondosidad de las cejas, negras como las patillas *«á la pernil»*, que usaba y que eran de moda entonces. El resto de la barba y el bigote afeitados, pero tan abundantes que el rostro parecia teñido de azul. Lo mejor de sus facciones estaba en la mirada y en el ojo: allí habia decision y bravura sin fiereza: espíritu ingénuo, aire franco y leal que condecia con sus excelentes cualidades de patriota vehemente pero sensato, de buen padre de familia y de hombre honrado en todos sus procederes. Del medio de las cejas se le prolongaba hácia afuera una nariz abultada, desde cuya base se adelantaban tambien los lábios mas de lo ordinario, como si soplara en un instrumento de viento. Y sinembargo, el hombre hacia una impresion favorable en el todo: traspiraba

un no se qué de decente y de honorable, que no dependia quizá de su fisonomia, tanto como de la buena opinion de que gozaba como hombre de bien. (1)

Lavalleja era bravo y honesto: gozaba indudablemente del prestigio merecido que le habian dado su constante patriotismo, y la energía con que habia ejecutado la invasion, levantando el espíritu de las masas uruguayas contra la dominacion extrangera. Pero lo malo era que de simple guerrillero subalterno, se encontraba repentinamente elevado al grado de generalísimo, y dueño del mando político del país, sin ascensos intermediarios que lo hubieran preparado á conocer las funciones regulares de ese grado; y sin que el estudio de los antecedentes requeridos lo hubiesen habilitado á desempeñar con prudencia y con criterio propio, los difíciles deberes de una campaña en forma.

Entretanto, el Brasil preparaba y acumulaba

(1) En este retrato vierto con ingenuidad los recuerdos que me dejó el señor Lavalleja en 1827. Tenía yo doce años; y miraba con grande interés á todos los hombres ruidosamente nombrados en ese tiempo. Mi padre acababa de tomar la presidencia interina de la república. El señor Lavalleja venia frecuentemente á nuestra casa; y como mi padre me permitia permanecer á su lado cualquiera que fuese la persona con quien estuviera, y cualquiera el asunto que se tratase, yo gozaba á mis anchas del gusto que esto me proporcionaba.

elementos demasiado sérios para que la República Argentina pudiera, en aquel momento, entregar los suyos á un hombre sin escuela militar, de escasos alcances y sin reconocida competencia para hacer frente á las exigencias nuevas y á las operaciones de primera importancia militar, que era menester preparar y ejecutar. Los militares que se habian formado en la escuela de San Martin, no se habrian prestado, *al principiar esta guerra,* á poner su espada á las órdenes de Lavalleja. Las circunstancias imponian la necesidad de organizar un plan mas comprensivo y científico en el vasto teatro de la Banda Oriental y del Brasil, donde era indispensable operar con toda la prevision de una campaña militar en regla. Para eso se hacia indispensable concentrar fuerzas regulares, bien disciplinadas; mandadas por un general verdadero, y por gefes acostumbrados á maniobrar en los campos de batalla; cosa muy distinta, á la verdad, de esa guerra de encuentros en que las masas inorgánicas se atropellan sin mas forma que la carga de monton á monton, que era lo único en que Lavalleja se habia ejercitado; lo único que á su juicio constituia las condiciones y el éxito de la guerra. Bien probó su error y su incapacidad, como lo veremos mas adelante, cuando tuvo que habérselas con los batallones brasileros y austriacos.

El diablo era que al novel general se le figuraba que su feliz aventura de los *treinta y tres,* y el triunfo del *Sarandí* eran una de esas glorias excepcionales y raras, que tenían derecho á figurar entre los mas grandes acontecimientos de la América del Sur: y tanto, si no mas, que las campañas de San Martin ó de Bolivar. A tanto llegaba el escaso entender de su espíritu, que esta infatuacion incurable, unida á una falta notoria de talentos sociales y de malicia moral, hacian de él, en aquellas circunstancias escabrosas, una especie de trozo difícil de modelar y de manejar. Y de veras, que abandonado á las redes y travesuras de Rivera, Lavalleja no habria subsistido seis meses en el territorio oriental.

Pero, comprometido imprudentemente el gobierno argentino en la lucha; y no siéndole posible prescindir de las influencias locales del país donde tenía que actuar con sus tropas y sus recursos, no habia como vacilar; y era de todo punto indispensable sostener, política y militarmente, el influjo de Lavalleja: tener sumiso á Rivera, ó alejarlo del teatro de los sucesos, para que no anarquizase la campaña con sus maniobras, ni pusiese en movimiento los secuaces que lo seguian. El peligro no era tan remoto ni tan imaginario como podria creerse.

Rivera conocia perfectamente la índole de su país. No se le ocultaba que á pesar de los



sacrificios y de los compromisos que el gobierno argentino habia tomado en favor de la insurreccion oriental, predominaba siempre en el fondo de los sentimientos populares un odio intratable y pertinaz contra todo lo que procediera de Buenos Aires y del gobierno argentin. Contaba con que este sentimiento, disimulado bajo una superficie áspera, pero vivaz y arraigado en las pasiones y resabios populares, habia de producir muy pronto la completa impopularidad de Lavalleja, culpable, á los ojos del vulgo, de esta especie de traicion hecha á los rencores de la tierra, y agravada por su falta de talentos y de medios para responder por sí mismo de la situacion; y solucionar las dificultades que ella ofrecia.

Como Lavalleja habia comenzado tambien á comprenderlo, pretendia con rara petulancia que el gobierno argentino no actuase en la Banda Oriental como autoridad nacional, sino como simple cooperante: poniendo en sus manos el ejército y los recursos con que habia de contribuir á la expulsion de la dominacion brasilera; y no solamente fundaba esta pretension en conveniencias de un órden general, sino que la miraba como un derecho, como una obsecuencia que se le debia á quien habia sido promotor de la insurreccion y Gefe nato de la provincia insurrecta. Él esperaba que de ese modo podria atenuar el cargo que ya le hacian sus compro-

vincianos—de no ser otra cosa que un subalterno del gobierno argentino; mientras que figurando como autoridad suprema en lo polítíco, y como autoridad superior en lo militar, esperaba que realzaria su persona, y que halagando el orgullo de los orientales tendria así los medios morales y materiales con que mantener sumiso á Rivera, ó con que anularlo cuando quisiese perturbar el órden que era menester guardar mientras durara la guerra con el Brasil.

Esta exorbitante pretension era, ni mas ni menos, que la misma que habia levantado Artigas anteriormente; y si á este se le habia negado como cosa insensata, ahora no era posible ni oirla siquiera. Con esta negativa Lavalleja se puso de mala vuelta; y atufado se concentró en el Durazno, manteniéndose en una completa incomunicacion con el general don Martin Rodriguez, que habia ido á recibir y situar en *San José* las tropas con que el gobierno argentino pensaba abrir la campaña

Rivera no estaba ocioso de su lado: tenía inteligencias valiosas con varios caudillejos importantes desparramados al otro lado del Rio Negro, entre quienes le servia de agente don Bernabé Rivera que unos le daban por hermano, y otros por simple prójimo criado en la misma familia. Pero sea lo que fuere, ambos estaban entonces mancomunados y á la espera de los sucesos. Rivera calculaba qne ahondán-

dose las contradicciones y las dificultades que de suyo debia presentar una empresa tan mal calculada por parte del gobierno argentino, como era esta guerra impremeditada contra el Brasil; ya fuera que se rompiese todo acuerdo con Lavalleja, por su pertinaz infatuacion; ya que reventasen en el país gérmenes anárquicos y hostiles al gobierno argentino, debian presentársele muy pronto mil ocasiones de hacerse árbitro de la situacion; y de rehabilitar su influjo, maniobrando diestramente entre los brasileros por un lado, y los orientales por el otro, para expulsar á los argentinos, y darle á la causa oriental la solucion que á él mejor le cuadrara.

Pero, para apreciar las condiciones de su influjo en el país y en los sucesos de que vamos á hablar, es indispensable que estudiemos al hombre por entero.

Tomado en sus primeros años, Rivera podia ser considerado, por la talla esbelta, por la tez morena, y por la sorna de sus accidentes morales, como un tipo perfecto de lo que llamamos un criollo *orillero:* clase peculiar de los territorios uruguayos que sin tener el exterior crudo, el osco desgreño, ni el empaque sombrío del *gaucho montaraz,* su vecino — generalmente rehacio á los toques del trato urbano—formaba sinembargo un término medio entre el *compadrito* que explota *los afue-*

ras de las aldeas campestres, y el vago que recorre los campos con cierta importancia, *gaucha* tambien, que le dá su talento natural, su viveza para hacerse útil ó necesario, y su conocimiento de las complicaciones internas en que se hallan los partidos ó las clases populares.

La astucia y el disimulo eran productos naturales del medio social en que esta clase se desenvolvia. Las aldeas estaban literalmente hundidas en las soledades bárbaras de los campos incultos, y rodeadas de ocupantes que mas que vecinos eran salteadores. De ahí—esa habilidad artísticamente educada y propia del *criollo orillero* para deslizarse de compromisos y peligros, por medio de las frases retorcidas y de las formas ambíguas que empleaba, no solamente mientras era simple aspirante en el enmarañado terreno en que especulaba, sino tambien — cuando llevado á las esferas superiores del caudillaje, hacia el papel de hombre misterioso, indescifrable, con que se aseguraba un influjo decisivo sobre las masas incultas y apasionadas que arrastraba detrás de sí para sus fines.

De este modo se hacia la evolucion del *Orillero* al *Caudillo,* mas ó menos importante segun las facultades ó los medios que el acaso le allegara. Pero, que estuviese arriba ó abajo, que tuviese entorchados ó presillas, las con-

diciones esenciales del tipo eran siempre el fondo permanente del individuo: gran faramalla en general: impávido para mentir, con falta completa de escrúpulos y de lealtad, cuando las conveniencias se distanciaban de sus promesas, de sus amistades, ó de sus deberes.

Rivera, que no era ni mas ni menos que esto, habia vivido y surgido envuelto siempre en el revoltijo caótico de una campaña semisalvaje, desprovista de gobierno, de propiedad definida y plenamente entregada al bravío individualismo de quince ó veinte mil ocupantes desparramados en su mayor parte, y á su albedrio, entre los espesos bosques y rios que la cubrian. Ligado de cerca al desórden de las montoneras y de la guerra irregular del vandalismo, habia sobrenadado con talento, pero sin crueldad, en las caprichosas y violentas fluctuaciones del desquicio que son como un mar en cuya instable superficie no hay mas brújula que la sagacidad sin escrúpulos para evitar el golpe adverso, y colocarse en la cima de la ola favorable en que se puede flotar y adelantar el rumbo. Rivera tenía, por fortuna suya, una de aquellas naturalezas fáciles, sin principios — y si se me permite decirlo — algo tambien de esa incuria cínica que obra como el imán en el apetito de los pillos y de los parásitos que el desórden social pone siempre en viva actividad. Es sa-

bido que un instituto peculiar empuja á esta clase de vivientes á la rebusca de amparo y de las condescendencias, bajo el ala de aquellos aventureros que sin escrúpulos, sin honra, ni principios, logran superar por accidentes que tienen su explicacion y su gérmen en las condiciones enfermizas de aquellos pueblos en donde la malaria social desorganiza las costumbres, como las epidemias ó como las dolencias crónicas que disuelven los cuerpos mal organizados.

Tomado como militar Rivera era lo mismo que tomado como político: *orillero* siempre: y nada mas que—« un vaqueano consumado ». Tenía una fama proverbial de que conocia palmo á palmo el territorio de su país, cada rincon, cada paso de rio ó de arroyo, cada monte, cada picada ; y hé aquí este rasgo para que se aprecie su astucia y su impavidez. Cuando estaba en marcha con sus montoneras, solia hacerse el perdido durante las noches neblinosas y sombrías : hacia aparato de revisar con inquietud el terreno ; el ejército repetia con alarma que los vaqueanos habian perdido el rumbo ; y despues de mil vacilaciones, Rivera se abajaba del caballo, tomaba un puñado de pasto y lo mascaba, mandaba ordenanzas que le trajeran pasto de diversas direcciones, lo mascaba; y de pronto, decia—«estamos en tal lugar—marchemos á tal otro rumbo.» Al que diga que esto no

es sublime como golpe de faramalla, le pediríamos que inventase una farsa mas audaz. (2) Jamás pasó de ser vaqueano; y si siguiéramos las analogías con que el idioma criollo extiende á lo moral el sentido directo de esta voz, diríamos que la calidad prominente de Rivera, era ser *vaqueano* en todo: en el roce de los partidos, en los asuntos civiles, en las intrigas políticas y en los asuntos de dinero.

No tuvo jamás la menor idea de lo que fuese en plan militar de campaña: un movimiento estratégico, ó una operacion de conjunto con fines premeditados. Nunca organizó ni mandó tropas regulares; y los hechos de su larga carrera de caudillo *gaucho,* cuando no fueron desbandes y derrotas, no pasaron tampoco de ser casuales encuentros, ó sorpresas á lo guerrillero, efímeras por lo general; pues aun tomado como guerrillero estaba muy lejos de ser bravo: de aventurarse á fondo, ó de operar bajo un plan preconcebido como lo habia hecho Güemes en su admirable defensa de Salta contra los mejores generales y los mas aguerridos batallones del ejército español.

Como hombre político, Rivera vivia barateando los recursos públicos. Barajaba, como quien talla en un naipe, las tierras y las pose-

(2) Segun él decia, conocia cada distrito y lugar, por la *dósis de sal* que el pasto le dejaba en el paladar.

siones rurales de los unos por las de los otros. Verdad es que en el estado primitivo de aquellos campos, eran contadísimos los propietarios ó los ocupantes que podrian mostrar el «como ó el por qué» con que tenían las tierras que ocupaban. Nadie sabia cuales eran los títulos ó los límites de sus posesiones. Centenares de intrusos y de vagos vivian en ellas de la rapiña y de la violencia, matándose sin ley ni señor: estaban allí porque estaban, ó porque los favorecia el caudillo ó el caudillejo de la comarca: un foragido, por lo general, á quien servian y temian.

Bajo la dominacion brasilera de que fué el mas fuerte puntal, Rivera habia hecho en aquella campaña lo que se le antojaba. Cambalachaba las tierras de los unos por las de los otros: daba licencias de posesion y hasta títulos de propiedad en límites indefinidos: *de tal rio ó arroyo, hasta tal otro rio ó arroyo,* en papel comun con su sola firma; y frecuentemente de palabra—con un—*andá no mas poblate que yo le avisaré á don fulano para que no te incomode.* Vivia así literalmente mintiendo y envuelto en una trampa permanente con lo suyo y con lo ageno: dos cosas que en su criterio no rezaban grande diferencia.

De este modo, y debido á la impunidad y al mando arbitrario que por contar con su adhesion y servicios le dejaban los brasileros (*gau-*

chi-políticos y caudillejos como él, de los mismos hábitos y manejos) Rivera se habia propiciado un enjambre de secuaces pródigamente apadrinados que le seguian á ciegas. Á lo que debe agregarse que como era de índole benigna, protegia tambien á uno ú otro propietario legítimo, de los muy pocos que contaba el país entonces, como los Espinosa, los Garcia Zúñiga, Pereira, Duran y tres ó cuatro mas, que por cierto no pasaban de este escasísimo número. Lo demás de las tierras eran campos de baratija abandonados al *tómelos quien pueda* y *contra quien sea*.

No sé si acertaria diciendo que en el fondo era servicial: lo que, por cierto, no habia de costarle mucho; pues se habia habituado á contar con lo de todos; y tenía una tranquila confianza en su estrella, en eso que los franceses llaman *chance*. Ademas era demasiado artista en enjuagues y gambetas para ser inclemente ó cruel. Su anhelo era atraerse amigos y ahijados por la dilapidacion, mas que por el abuso del poder ó por el miedo. En eso era completamente distinto de su antiguo gefe, Artigas.

Pero en resúmen era un hombre de quien no se podia fiar nadie. Su índole lo empujaba instintivamente á la mentira: vicio, que como todos saben, es rasgo distintivo del *compadrito* ya llevara entorchados ya vistiera simple

chaqueta. La mentira era su egida y su arma: él la habia convertido en un arte esquisito al servicio de un amable sin-vergüenza.

En 1811 se habia pasado de los patriotas al ejército portugués de don Diego de Souza, por no trasladarse á Entrerrios dejando sus guaridas. Pero apenas Artigas repasó el Uruguay amparándose de la entrada del ejército argentino, cuando Rivera dejó á los portugueses y se incorporó á las montoneras de Artigas. En 1814 anduvo en tratos con el general Vigodet para desbaratar el ejército argentino que sitiaba á Montevideo. Cuando vió vacilante el poder de Artigas, barajó las dificultades: se esquivó de seguir á su gefe, se pasó á los brasileros, tomó el mando de la vanguardia de Lecor y se batió.... ó mejor dicho—hizo batir á los suyos contra los patriotas orientales. De la misma manera, y con la misma impavidez, dejó á los brasileros; se únió á Lavalleja, y comenzó inmediatamente á intrigar con orientales y brasileros para derrocar al gefe de la insurreccion y tomar la ganzúa con que pudiera apoderarse de la direccion de los negocios despues del triunfo del Sarandí. (3)

(3) Estos rasgos del carácter de Rivera no solamente están ingénuamente recogidos en la viva tradicion de sus contemporáneos, en la verdad aceptada por todos cuantos le conocieron, y cuantos le sobreviven con áni-

De todos cuantos hombres públicos tuvieron con él algun contacto, el único á quien no pudo mistificar, ni sorprender, ni engañar, fué el general Alvear. Eran ambos como dos puntas agudas repelidas por los extremos.... Compadre y plebeyo el uno: gentil-hombre y altamente inspirado el otro, pero no menos astuto, ni menos diestro tampoco en eso de torcer y destorcer las complicaciones de la política y

mo desprevenido, sino que se hallan perfectamente recogidos, en su tiempo, en las páginas del *Duende:* periódico sério é importante: de cuyo valor puede juzgarse con solo saber que estaba redactado por el doctor don Julian S. de Agüero, por el Presbítero don Valentin San Martin, y por don Ignacio Nuñez en 1826-27. Corren en él una série de cartas en que la Redaccion hace la biografía de Rivera (pág. 167, 180 y siguientes) en cuya post-data se recapitula así el contenido—« 1° El general Rivera siendo oficial del ejército que sitiaba á Montevideo, en 1813 abandonó el sitio y siguió á Artigas: 2° Al fin del reinado del Patriarca Artigas, abandonó al Patriarca y se hizo Patriarca por sí mismo: 3° Abdicó el patriarcado para servir al Rey don Juan VI: 4° Abjuró el vasallage de don Juan VI y se hizo vasallo de don Pedro 1°: 5° Despues de prisionero juró perseguir á don Pedro 1° y se pasó á la bandera de los Patriotas Orientales: 6° Las abandonó en seguida y tomó servicio en el ejército nacional argentino: 7° De *nacional* se ha pasado ahora segun se dice—á ser.... » Para no usar de la inconveniente frase que usa el *Duende*—diremos nosotros—« á obrar por sus respectos y de su propia cuenta. »

de la guerra. Eran dos naturalezas incapaces de absorverse en una misma intriga. (4)

En este momento en que lo estamos retratando, Rivera presentaba una figura irreprochable. Delgado de cuerpo, y espigado algo mas arriba que la estatura mediana, presentaba miembros sólidos pero flexibles y bien proporcionados. Ancho de pecho pero esbelto, presentaba una talla perfecta y simétrica del cuello á los piés. Era por todo esto un tipo perfecto del criollo ágil y convencido de su propio mérito. La postura siempre firme, y enhiesta pero tranquila, no chocaba por nada que

(4) Conversando conmigo y con el doctor Vilardebó en Rio Janeiro, en casa de don Juan Frias, nos dijo con el mas completo descaro que no habia querido ser príncipe de la casa de Braganza por puro patriotismo; pues don Pedro I habia hecho grandes empeños porque se casara con una de sus parientas. Nos contó porcion de otras mentiras sobre sus relaciones con mi padre, cuando éste era presidente interino de la República, y sobre el acuerdo que tenían hecho, despues de la toma de *Misiones,* para marchar hasta Rio Janeiro por San Pablo: cosa muy fácil para *mi* (dijo) por el fuerte partido que tenía en Rio Grande. Con otras sandeces que yo no le creí por supuesto; pues no solo me sobraba malicia sino que ya conocia bien al hombre. Entonces (1846) se ocupaba de negociar un préstamo con garantía de tierras, en casa de Souza Irineo, Baron Mauá despues; el agente intermediario era el señor Frias. Levantó el dinero, en efecto; y se dirigió á Montevideo donde fraguó y consumó la sangrienta asonada del 1º de abril de 1846.

fuera agresivo ó que tuviera aire de petulancia; mas bien atraia por apariencias de buena voluntad para ponerse en contacto con las personas que encontraba: algo de aquello del—«*facili accessu*»—que Ciceron elogiaba en Pompeyo. Se le notaba no obstante en el primer aborde cierta afectacion de gravedad estudiada, que probablemente era una forma adquirida despues de haber llegado á ser entidad, con la que disimulaba la falta de proporciones entre la posicion que asumia y su mérito real: una especie de precaucion interna contra la fama de embrollon y tramposo que bien sabia él que todo el mundo le reprochaba. Pero este es, como se sabe, un rasgo comun de todos los caudillos y politiqueros vulgares de nuestra tierra. Todos ellos lo usan cuando no están en la tertulia íntima de sus aparceros. Me han dicho que en la campaña trataba á las gentes con suma variedad de modos, segun que le interesase mistificarlas, atraerlas, ó asustarlas; y debe ser cierto por lo que yo he observado en el momento en que se tenía por personaje prominente. Singular es que este hombre, criado y levantado en la campaña, caudillo esencialmente gaucho, y *de gauchos,* no tuviera fama de ginete, á pesar de ser hombre de á caballo. Hasta en esto pudiera hallarse quizá un rasgo de su índole cauta, y prevenida siempre contra aventuras ó peligros inú-

tiles para su fortuna política. «Yo he vivido siempre á caballo (nos decia en Rio Janeiro) pero nunca he gineteado ni de mozo, porque he sido siempre enemigo de hacer locuras impropias de un hombre sério.» Era de mirarle la cara cuando lo decia.

No puede decirse que su fisonomia tuviese rasgo alguno que llamara la atencion, por lo perfecto, ó por lo característico La frente carecia de amplitud y de ese desenvolvimiento lateral que hace suponer idealidad y estension en el talento. Era mas bien elíptica, algo mas estrecha que los *pómulos* de la cara, y terminaba en un *jopo* de cabellos, que por lo rizado y por lo corto de las hebras, podria muy bien sugerir esa sospecha de no tener sangre pura que sus enemigos le reprochaban con escárnio. Quizá, y con mayor probabilidad podria creérsele procedente de orígen indígena por la línea materna, en grado mas ó menos cercano: en el ojo tenia mucho de la raza guaraní, como se nota en casi todos los campesinos y *criollos* de los territorios uruguayos: ojo mas bien chico y de mirar concentrado, que franco y abierto: negro, de niña pequeña, vigoroso pero benévolo y de una calma imperturbable; allí no se percibia la luminosa movilidad del ojo africano, ni de el de la raza andaluza de nuestro orígen europeo. Tenía las cejas delicadas: de un arco bien trazado y sin juncion en el

centro. La nariz comun, con cierta curbatura: escasísima la barba; y me parece que era lampiño, si mal no lo recuerdo.

Donde Rivera podia dar mucho que observar á un espíritu penetrante era en la forma y en el movimiento muscular de los lábios; por aquello de que—« no escupia para mentir » que es tan comun refran en boca de las gentes de nuestro pueblo, y que es una verdadera incision de escalpelo hecha en el corazon humano. Rivera no escupia; pero se le veian por adentro del paladar los giros desleales que tomaban las ideas y los conceptos antes de salir por el ténue fruncimiento de los lábios, y por la aparente gravedad que afectaba al deshilvanarlos, ó al oir en silencio lo que otros le decian. En resumidas cueñtas era lo que vulgarmente se llama un faramalla (hábil sin duda) uno de esos que sinembargo de ser conocidos de todos, son soportados y aceptados á causa del predominio inexplicable que ejercen por la misma incorreccion de sus procederes, y por su falta absoluta de principios. (5)

(5) He podido observarlo en un baile que en 1846 dió el ministro inglés en Montevideo, cuyos honores hacia su señora una dama n-americana de grandes hábitos sociales. Rivera estaba en el salon, y tambien su señora doña Bernardina Fragoso de Rivera. Vestia con todos los entorchados de Brigadier general; pero las Legaciones de Inglaterra y de Francia, que tenían á Mon-

Si por debajo de sus piés echáramos una mirada á la situacion del país en que actuaba, pocos cuadros mas sombríos, mas ingratos, podríamos presentar á los ojos de quien nu-

tevideo ocupado por mil y quinientos soldados ingleses, estaban profundamente ofendidas con Rivera, por el grave compromiso en que los habia puesto la sangrienta asonada del 1º de abril. El Ministro no le prestaba la menor atencion. Verdad es que S. E. habia «comido con amigos». De los oficiales de la guarnicion inglesa, algunos habian comido con el ministro, y otros gastaban todo su entusiasmo en obsequiar y bailar con las damas. La concurrencia del país era de una capa social profundamente hostil á Rivera, y mueho mas despues del criminal atentado con que habia usurpado el poder. Así es que nadie se acercó á él; y que pasó toda la noche solemnemente tiezo en uno de los extremos del salon, sin sentarse ni derogar por un memento de la posicion que habia tomado. Me acompañaba yo con mi amigo el doctor don Florentino Castellanos; y como teníamos natural asunto para entretenernos con todo lo que pasaba, se me ocurrió invitarlo á que nos aeercásemos á Rivera; pero Castellanos era—«*blanquillo*» enemigo jurado de Rivera; y se negó. Yo fuí, sin embargo. Me introduje recordándole que nos habíamos visto un mes antes en Rio Janeiro—«Me acuerdo», me dijo secamente, ya fuera porque me hubiera visto separarme de Castellanos y sospechara poca cordialidad en mi maniobra; ya porque la compañia de mi persona le pareciera chica compensacion del desamparo en que se le tenía: — «Linda fiesta, señor General» le dije— «Muy linda: el Ministro y los oficiales estan *bastante divertidos*» me contestó con un tono y con una seriedad imperturbable; sin mirarme ni prestarme la menor atencion—«Se ha-

trido en los sanos principios de gobierno, tuviese tambien el sentimiento honrado de lo que es un buen órden social. Por supuesto que Rivera, tránsfuga de los brasileros y pasado á la insurreccion, era siempre Rivera; y que se mantenia en relaciones y en intrigas con los brasileros para traicionar otra vez á la causa que viera mas débil, y segun el giro que tomasen los sucesos: fuera de que en su ojeriza y en su resolucion de expulsar á los argentinos, que se

bla de que V. E. abrirá pronto una campaña por el Uruguay (que abrió en efecto y que resultó desastrosa) —«No he dicho nada á nadie»—me contestó con el mismo tono Conocí yo que no habia andado acertado en la manera de acercármele; y sin despedirme me alejé por entre los grupos del salon. Pero otra cosa hubiera sido si el ministro inglés hubiera tenido que tratar algo con él. No hubo diplomático europeo á quien no engañase y algunas veces con bastante ingenio. Logró arreglar una vez que el ministro francés le hiciese un empréstito con que pagar las tropas que, segun él, tenía reunidas para abrir su campaña contra Rosas. Salió el ministro francés á ver el ejército. Rivera habia hecho venir numerosos grupos de gauchos, y en las cejas de un monte cercano por donde debian desfilar los escuadrones habia ocultado ponchos forrados en colorado, en amarillo y otros colores. El mismo escuadron pasaba unas veces con un color, otras veces con otro color; y así le hizo revistar al ministro cuatro mil hombres sin que tuviera cuatrocientos para abrir la campaña. Es de notoriedad. Conocido el hombre volvamos á los tiempos de nuestra historia.

preparaban á operar contra el Brasil, Rivera era un verdadero y genuino representante del espíritu popular de su país. Parecerá una fábula; pero ya lo vamos á ver confirmado en los hechos.

Era natural que de acuerdo con estos antecedentes actuaran al lado de Lavalleja (si nó muy *argentinamente,* patrióticamente al menos), todos aquellos ciudadanos de buenos antecedentes, sensatos, honrados y de sincero patriotismo que contaba la provincia. No eran muchos tampoco; porque una gran parte de los vecinos sérios y afincados eran españoles: otros tocados de españolismo, que conservaban su mal querer contra los hombres de la revolucion de Mayo, y contra los ejércitos que habian combatido por ella. Estos habian encontrado tranquilidad y órden bajo el gobierno monárquice portugués continuado por el imperial brasilero. Los propietarios ricos del país, amaban mas el órden y la estabilidad de sus posiciones que la anexion á la República Argentina; y mas tambien que su independencia, por lo difícil que les parecia que se encontraran elementos y medios con que convertirla en gobierno de órden. Así es que la popularidad de la causa iniciada por Lavalleja reposaba únicamente sobre la clase militar, y sobre el sentimiento local de los campesinos; sentimiento que por lo mismo que era *loca-*



lista, alejaba á las masas de simpatias argentinas: tanto mas cuanto que estaban habituadas á mirar á los *porteños* con el ódio tradicional que les habia inoculado Artigas. Desde que comenzaron á ver que entraban y acampaban en su territorio tropas argentinas, sus caudillos miraron la guerra contra el Brasil con tanta aversion como si hubieran quedado defraudados de las esperanzas y fines con que se habian insurreccionado.

Para que se vea hasta donde llegaba esta odiosidad del sentimiento popular, de que otras veces hemos hablado en esta obra, vamos á trascribir lo que á este respecto nos dice un viejo de 83 años, don José Maria Todd, testigo ocular, que como alferez ó teniente del Nº 2 de caballeria, (Coronel Paz) hizo la campaña del Brasil, y que acaba de publicar en Salta—SUS RECUERDOS. El señor Todd llama «*Salteños*» á los oficiales y tropa del Nº 2; pero eso no es del todo exacto: Una gran parte de la tropa primitiva proveniente de la *Puna* y de los *Valles*, resultó ser gente de raza *quichua* en general y que nunca habia montado un caballo. Fué preciso entonces incorporarlos al nº 5 de infanteria, que se hizo célebre por su consistencia en las marchas y por su firmeza en el campo de batalla; y el Nº 2 de caballeria se integró con campesinos diestrísimos ginetes de la provincia de *San Luis*. Por

lo demas es cierto—que la mayor parte de los oficiales eran jóvenes de la ciudad y de las «*estancias*» de Salta, cuya destreza en el manejo del caballo es tambien muy conocida. Dice el señor Todd que habiendo pasado el Uruguay, marcharon á camparse con otros cuerpos en los alrededores de *San José*; y agrega—«Con mucho sentimiento mio, diré que en ese tiempo, los «salteños» recibimos muchas visitas de Estancieros que venian á preguntarnos por miembros de sus familias y amistades que de tiempo atras se habian establecido en nuestra provincia.... Estos señores nos convidaron varias ocasiones á pasar el dia en cada una de sus repectivas casas, recabando ellos mismos el permiso de nuestros gefes. Cada vez que asistimos á sus invitaciones encontrábamos reunidos muchos vecinos: que sabiendo que entre nosotros no habia ningun porteño, se desataban contra estos con las mayores injurias, diciéndonos que jamás se unirian á la República Argentina, dominada totalmente por Buenos Aires. Que este pueblo criminal era el causante de la ruina del Estado Oriental: que los habia perseguido y hostilizado siempre con el fin de anular el cómodo y barato puerto de Montevideo, y beneficiar el puerto difícil y caro de Buenos Aires, á fin de que este fuera el único puerto accesible al comercio de Europa. En vano les hacíamos mil reflexiones pa-



ra modificar sus exaltadas opiniones, sin conseguir mas que exacerbar su ódio. Nos convencimos entonces de que retoñaban con fuerza las raices que dejó implantadas Artigas y sus secuaces. (6)

(6) Lo del Puerto de Montevídeo *sacrificado* á los intereses del de Buenos Aires, es cosa peregrina por demas! El puerto de Montevideo habia estado en completa independencia de Buenos Aires desde 1807 hasta 1812 bajo el gobierno disidente del virrey Elio. A Elio le sucedió Vígodet, que lo mantuvo lo mismo hasta 1814; no solo independientemente sino en hostilidad abierta y declarada contra Buenos Aires cuyo puerto tenía bloqueado y bombardeado. Eu 1815 entró á poder de Artigas y de Otorguez continuando esa hostilidad mas acentuada todavia. En 1816 cayó en poder de los portugueses, y de estos pasó á manos de los brasileros, que lo poseian en completa soberanía, en estos momentos mismos en que se hacia el cargo. De los brasileros, pasó á los orientales en 1828. De manera que no puede concebirse cosa mas ridícula y mas vacía que esa acusacion: y así son todas! pues desde 1811, Buenos Aires no habia hecho otra cosa con respecto á la Banda Oriental, que *defenderse de Artigas;* y defender despues á los orientales para expulsar la conquista brasilera. Ya lo vamos á ver. Diré ahora, que en un artículo crítico publicado en la *Rev. Nac.* por el señor Decoud, se nos atribuye con *inexactitud* y *poco cuidado* haber dicho —que la guerra del Brasil *se hizo en favor de los rezagos de Artigas.* No hemos dicho ni escrito semejante cosa; hemos puesto esas palabras *en boca del señor Garcia, y como exclusivamente suyas;* que es cosa profundamente diversa. Pero, por la cita que hacemos en el texto, del opúsculo del señor Todd, se puede ver que no solo es el señor

Cuando Rivera vió que la insurreccion del país estaba bien pronunciada contra la dominacion del Brasil, que la República Argentina entraba á la lucha, y que el ardor que inflamaba los ánimos era mas fuerte que el influjo personal que él pudiera hacer valer para contenerlos, aparentó entregarse al servicio de la causa argentina (7) con la misma prontitud y descaro con que seis años antes se habia entregado al Brasil, aceptando los altos grados y honores con que el gobierno imperial habia condecorado su influencia. Para él toda la cuestion, ahora como antes, era conservarse en actitud de sacar partido de los sucesos; y hacer pesar en el rumbo que tomasen, la necesidad que el país tenía de sus servicios y de su cooperacion, ó mejor dicho—de impedir que hiciese otro cambio de frente y que volviese á entenderse con los brasileros.

Mas pronto de lo que él habría creido, se le presentó la ocasion de ponerse en camino de intrigar con éxito.

Infatuado con el triunfo del *Sarandi*, La-

Garcia quien lo pensaba sino contemporáneos y testigos oculares que lo repiten con testimonio propio—«Retoñaban las raíces que dejaron implantadas Artigas y sus secuaces»—es lo que dice el señor Todd.

(7) Y decimos *argentina* por que de las filas de Lavalleja se pasó con el escuadron de Dragones al campamento argentino.

valleja se habia hecho nombrar *Capitan General* de la Banda Oriental por la *Junta* de la Florida, y pretendia que una vez elevado á este rango, esencialmente soberano en su pobre criterio, le correspondia que en la tierra donde gobernaba no pudiera haber otro gefe superior á él; de modo que el gobierno nacional debia poner á sus órdenes los cuerpos del ejército de Observacion, que ya estaban pasando al Estado Oriental con el título de *Ejército Nacional* contra el Brasil. La gestion fué redondamente denegada por el general Las Heras. Se nombró general en gefe del Ejército al general don Martin Rodriguez; y como al mismo tiempo el gobierno imperial concentraba poderosos elementos y buenas tropas (seis batallones y dos escuadrones austriacos entre ellas) sobre la frontera, en *Yaguaron* y en *Santa Ana do Libramento,* se vió que no era posible perder tiempo, y se le ordenó al general Rodriguez que pasase á la izquierda del Uruguay con todas las fuerzas que estaban á sus órdenes, y que se situase en *San José,* donde le llegarian los demas cuerpos y recursos con que el ejército debia ponerse en aptitud de cooperar segun conviniese.

Lavalleja tuvo la sandez de considerarse ofendido. Se situó en el *Durazno,* negándose á mantener comunicacion ninguna con el

general de las tropas argentinas: y no solo tomaba de su cuenta medidas militares en todo el territorio, sino que con mil medios indirectos impedia que las autoridades ó agentes que le obedecian, proveyeran de caballos, de recursos y víveres á las tropas argentinas.

Rivera creyó propicia la ocasion para ganarse el ánimo del general Rodriguez: hombre bueno y muy gastado, crédulo, expontáneo y fácil de ser mistificado; y desertó del campamento de Lavalleja adhiriéndose con el escuadron de *Dragones* que mandaba al campamento argentino. Sin perder tiempo para ponerse en accion y sacar provecho, consiguió que diesen colocacion en ciertos puntos del *otro lado* del Rio Negro, á su presunto hermano el *titulado* coronel don Bernabé Rivera, al comandante Raña, á un tal Silva, caudillejo de los indios *Char-huas*, á un capitan Caballero, á un montaraz llamado *Santa Ana*; y á otros varios de sus secuaces que tenian algun influjo local en esos apartados y solitarios distritos. Creyó el general Rodriguez que de este modo haria cejar de su empacamiento á Lavalleja, sin estrépito ni daño; con tanto mayor éxito cuanto que Rivera se manifestaba decidido en el mismo sentido, y lamentaba públicamente las—« tonterias de su compadre ».

Súpose en esos momentos que el mariscal Abreu se habia situado en *Belen;* y que habia



adelantado cuatro grupos al territorio oriental: la division de caballeria *Bentos Manoel* hasta las puntas del *Arapey:* la de Bentos Gonzalves y Claudino por la izquierda hasta el arroyo *Francisquito* con guardias avanzadas en las puntas del arroyo de las *Tarariras;* y que con otra division de caballeria ocupaba el rincon de *Mataperros* por el mismo flanco.

Insuflado por Rivera, el general Rodriguez entró en temores de que Bentos Manoel marchase á *Paysandú* y cayese sobre los convoyes de pertrechos y fuerzas fragmentarias que pasaban por allí de Entrerrios al cuartel general, evitando los peligros de la travesia por la Colonia que estaba vigilada por la escuadrilla enemiga; y resolvió que Rivera, al mando de una buena division sorprendiese á Bentos Manoel, y lo arrojase al otro lado de la frontera.

Rivera hizo su marcha con suma destreza hasta que estuvo encima del enemigo. Sorprendió las guardias de Bentos Manoel á las oraciones del dia 7 de mayo (1826) sin que nadie lo hubiese sentido y sin que escapara un solo hombre que pudiera advertir al gefe enemigo el riesgo inminente en que se hallaba. Con una cortísima marcha en esa misma noche habria caido sobre toda la division brasilera, la habria anonadado y héchola prisionera

con sus gefes. Pero en vez de eso, campó é hizo soltar los caballos, cosa que asombró é indignó al coronel Oribe, y al comandante Servando Gomez; dió soltura ocultamente al vecino Andrés Soarez, su compadre, y compadre de *su compadre* Bentos Manoel, que acababa de tomar en las guardias enemigas; compadre que corrió á dar aviso de todo al gefe brasilero. Este desalojó de prisa el terreno, y se salvó con toda su fuerza, sus caballadas, y con lo demas de su mando.

Dueño entonces de toda la zona del *Arapey* hasta el *Cuaraim*, Rivera se ocupó en recoger ganados, que ascendieron, segun su mismo parte hasta doscientas y tantas mil cabezas; y los pasó á Entrerrios y Corrientes de donde no se tuvo jamas noticia de su paradero, sino rumores de que habian sido vendidas á vil precio. (8)

Fué tal el escándalo y la execracion que levantó en la opinion, en el ejército y en el país entero esta inaudita villania, que el general Rodriguez quedó perdido como hombre inepto para el puesto que se le habia dado. Lavalleja, como era natural, trató de sacar partido del incidente, en el sentido de sus aspiraciones.

(8) Véase los numerosos y concluyentes documentos que se interceptaron sobre esta infame picardia en el *Mensagero Argentino,* núms. 44, 86, 93, 99, 101 y 104.



Pero, ni él ni Rivera habian contado con el giro que tomaban las cosas en la Capital.

El señor Rivadavia acababa de ocupar la presidencia, y habia encargado el ministerio de la guerra al general Alvear. Por pronta providencia, este mandó al ejército al general Soler con el nombramiento de Gefe de Estado Mayor y con el encargo privado de *dirigir* al general Rodriguez, hasta que el mismo Ministro de la guerra marchase en persona como General en gefe. Soler hizo prender á Rivera y lo remitió á la Capital, para que diese cuenta de su conducta.

Así que remitió al cuartel general el resto de los reclutas y de las tropas que quedaban en Buenos Aires, el general Alvear se dirigió de prisa al teatro de los sucesos.

La situacion no podia ser mas complicada ni mas amenazante. El ejército brasilero se concentraba con una fuerza imponente en las fronteras. El mismo Emperador habia venido á dar tono y solidez á los grandes preparativos que se hacian en Rio Grande. Lavalleja seguia atufado y renitente en el *Durazno*. En San José estaban inmovilizados y sin recursos —el nº 4 de caballeria coronel J. Lavalle, el coronel Iriarte con toda la artilleria: el batallon de cazadores comandante M. Correa, y el nº 5 coronel Olazabal. Lavalleja tenía en el Durazno los dos batallones de Garzon y de Ale-

fugó, y se asiló en Santafé cuyo gobernador estaba ya rebelado contra el Presidente de la República.

Entretanto, el general Alvear habia logrado montar en buenos caballos al regimiento nº 1º coronel Brandzen. Sobre esta base concentró en el *Arroyo Grande* y cerca del paso ***Bustillos*** de Rio Negro los cuerpos que se hallaban en San José, y los que estaban llegando de la capital. Una vez que aseguró este campamento, lo dejó á las órdenes del general Soler, hizo venir de la *Florida* al Gobernador Delegado don Joaquin Suarez, y juntos, llevando á Brandzen con su cuerpo, se dirigieron al Durazno á encararse con Lavalleja. El general Alvear era imponente y audaz cuando queria someter á un hombre, y mucho mas si ese hombre era un nécio, escaso y bueno como Lavalleja. Este estaba ya descompaginado al ver el alzamiento de los riberistas. Comprendia que abandonado de los argentinos todo estaba perdido. Los principales gefes de su division habian resuelto separarse de él antes que permitirle un rompimiento con el general argentino. Un dia antes habian abandonado el campamento del *Durazno* y se habian incorporado al de los argentinos en el *Arroyo Grande*, con sus fuerzas—el comandante don Eugenio Garzon, el comandante Alegre, el coronel don Manuel Oribe, y su hermano don Igna-

cio. El comandante don Servando Gomez le habia declarado lealmente que haria lo mismo si no hacia reconocer al general Alvear como general en gefe de todas las fuerzas. Llegó el general Alvear: le increpó á Lavalleja su mal proceder: le dió el término de 24 horas para que se pusiese á sus órdenes, intimándole que si obedecia, iba á marchar de allí mismo con el nº 1º sobre Bernabé Rivera y los demas anarquistas, porque aunque él no era gaucho, sabia como se agarraba y se amarraba á los montaraces. (9) Pero agregó que si persistia en su abstencion, volveria á su cuartel general, moveria todas las fuerzas argentinas y las haria repasar el Uruguay dejando á los orientales que se entendieran como pudiesen con los brasileros y con los *riveristas*.

Lavalleja se sometió y puso su fuerza bajo las órdenes del general en gefe; pero manteniéndose siempre osco y rezongon.

El general Alvear se dirigió rápidamente, como era su costumbre en todas sus operaciones, al paso de *Los Toros* con el nº 1º Allí tenía el centro de sus montoneras Bernabé Rivera. Adelantó al coronel Brandzen con órden de no hacer fuego sino en el úl-

(9) Estas palabras me las ha repetido su hijo don Emilio, á quien siempre he tenido por hombre de verdad.

timo caso, y de apoderarse del bote que servia á la comunicacion de las dos orillas. Pero al cumplir esta órden fue acometido por la descarga de una partida gruesa que lo acechaba emboscada. Brandzen desmontó sus soldados, los distribuyó en tiradores, y los anarquistas tuvieron que huir á la otra orilla. Tenía en su regimiento una compañia de correntinos, que como se sabe son eximios nadadores; ocho de ellos formaban la escolta que se habia reservado el general Alvear, que tambien se habia acercado al rio por otro lado. Los correntinos de Brandzen se echaron al rio; en un dos por tres le trageron el bote. El coronel se metió en él con 30 soldados: é hizo que el resto del regimiento pasase á nado con sus caballos. Todo aquello fué mas rápido que el contarlo.

Sorprendido por el ruido y deseando ver lo que pasaba, Bernabé Rivera asomó á la orilla. pero mucho mas abajo del curso del rio, con algunos hombres. Cuando Alvear lo vió, echó al rio su escolta con órden de que lo aprisionasen en el bosque. Los correntinos, ligeros como peces, llegaron, y tomaron pié al mismo tiempo que Rivera y su gente huian de la tropa de Brandzen que los perseguia por el bosque. Atraparon á Rivera sin que él los hubiese sentido, ni se hubiese creido en peligro por aquel lado.

Esta es la version oficial y la que el general Alvear ha autorizado en los documentos y en el seno de su familia. Otros refieren el hecho de diverso modo. Dicen que en efecto, el general Alvear se aproximó al paso de los *Toros* con el nº 1º de caballeria: que invitado por él, vino Rivera á oir proposiciones de arreglo; y que en vez de hacérselas, se le tomó preso. Esto que pudiera parecer lo mas creible, es sinembargo lo mas inverosimil. En primer lugar, no estaba en los hábitos ni en la índole de un caudillo de montoneras, entregarse así de confianza al enemigo; y mucho menos lo estaba en un discípulo de Artigas y hermano de Rivera. En segundo lugar, el hecho pasaba actuando el coronel Brandzen—militar de una hidalguia caballeresca, que de eso ha dejado mil pruebas, así como de la elevacion de su carácter, y no es posible aceptar que haya consentido que el general Alvear lo hiciera figurar en boletines y documentos oficiales poniéndolo en una actitud falsa y poco honorable; mientras que la sorpresa rápida y no esperada, la ocupacion del bosque por setecientos hombres de caballeria, no solo no tiene nada de sobre humano, sino que es análoga á la manera conocida del general Alvear en casos semejantes. (10)

(10) El anciano señor Todd, alferez del n.º 2 repite siempre la rara circunstancia *de haberlo visto y de*

Ahora bien: de cualquier modo que se considere el hecho, dado el momento tan sumamente crítico en que se hallaba la situacion, y sentado que cualesquiera que fuesen las precauciones tomadas por el general Alvear, no cometió contra el preso ningun acto de violencia irreparable, creemos que ningun general ú hombre político, en semejante urgencia, y tratándose de peligros tan apremiantes, de que dependia la salvacion del país y del ejército, habria procedido de otro modo: á no ser un inepto incapaz de comprender la situacion y de resolverse á lo que su deber y su cargo le imponian. Por que al fin, se trataba de hombres alzados contra la ley y contra la nacion, que por pasiones accidentales exponian

haber sido testigo de todo, y hasta *copista* de las *Memorias* del general Paz, que nadie sabia que hubiese comenzado á escribirlas desde esa época (1826) dá otra version personal de la prision de don Bernabé, con circunstancias que nadie le habia dado ántes. En este caso, el señor Todd debia habernos dicho por cual accidente pudo él presenciar el suceso, siendo alferez del nº 2; cuando el general Alvear dice textualmente en su Exposicion que no llevó mas tropa del ejército que el nº 1º de caballeria y la division de milicias que Lavalleja tenía en el Durazno, en la que figuraba el nº 3 de infanteria. Si hubiera estado allí el nº 2, de que era alferez el señor Todd, habria sonado tambien su gefe el coronel Paz como suena Brandzen y los demas oficiales. Puede ser que en esto haya alguna confusion de recuerdos ú otra circnnstancia que no esté explicada.



la suerte misma de su país á ser hollada bajo las plantas de un usurpador extrangero.

Desde que el general Alvear se apoderó de Rivera, el ánimo de los anarquistas decayó con una rapidez inesperada. Una ó dos partidas encabezadas por bandoleros fueron sorprendidas, y ejecutados sus gefes sin piedad. El comandante Raña se sometió, y fué desde entonces uno de los gefes subalternos que mejor sirvieron al general en la campaña del Brasil. El coronel Laguna recorrió la campaña pacificándola con tal cordura, y acierto, que fué elevado al rango de general. Igual conducta que Raña adoptaron los cabecillas Araucho y Caballero; y en Entrerrios, don Ricardo Lopez Jordan realizó con igual empeño la misma obra de concordia y de patriotismo, mereciendo los mas altos elogios de parte del general en gefe y del gobierno presidencial.

La rápida pacificacion de la Banda Oriental— de esa tierra envenenada por Artigas y por sus discípulos, admiró y sorprendió á los amigos del general: verdad és, que si nadie como él ha sido objeto y blanco de la injusticia de sus contemporáneos y de sus émulos, nadie tampoco le llevó jamás ventaja en la vivacidad de sus operaciones para llegar á los resultados que buscaba; y nunca probó mejor sus talentos políticos y militares, que en esta campaña del Brasil: donde dió relevantes prue-

bas de ellos, diga lo que quiera el despecho y la envidia con que el partido del gobierno y el de la oposicion, se empeñaron en oscurecer el acierto admirable de sus combinaciones, y en echar sobre sus hombros los pocos resultados de la campaña, cuando era notorio que si no los habia recogido y completado, habia sido por la guerra civil en que uno y otro partido habian envuelto al país; cortándole el camino de la victoria completa, que hubiera obtenido si se le hubiese dado la cooperacion que se le debia. Pero no nos adelantemos, y dejemos hablar los sucesos con su elocuencia incontrastable.

Pacificada la Banda Oriental, el general Alvear regresó á su cuartel general y se entregó por entero al equipo y organizacion del ejercito. Reconcentró en el *Arroyo Grande* todos los cuerpos que debian componerlo; y olvidando con hidalguía (porque era tan generoso como vivaz) viejas rencillas y celos, se atrajo la cooperacion inmediata del general Soler. El campeon de Chacabuco que era el mas constante y tenaz de los gefes argentinos en eso de disciplinar é instruir soldados, logró, segun dice el mismo General en gefe, que á los dos meses de continua consagracion las tropas estuviesen ya en estado de maniobrar.

Al lado del general Alvear figuraban oficia-





les generales de un nombre ya celebrado en nuestros hechos de guerra; y algunos gefes orientales que merecen una mencion especial, por su carácter y por el influjo que ejercian en una causa que á ellos principalmente les interesaba. Comenzaremos por estos el estudio de sus calidades y del papel que desempeñaban. Desalojado Rivera, y conocido ya Lavalleja, quedaban como gefes de primera línea entre los oficiales orientales. algunos que eran verdaderamente militares de accion, y otros que por su edad ó por una cierta posicion respetable, eran gefes de influencia y de buen consejo, bastante considerados, y muy dignos de serlo, pero de poco brazo en las funciones de guerra: el general Laguna, los coroneles Lénguas, Olivera, Quinteros, y uno que otro mas que en este momento puede escapárseme. El primero le habia servido eficazmente al general Alvear en la difícil tarea de pacificar la provincia. Era hombre de aplomo: bien inspirado siempre, y de una honradez proverbial. Su nombre era una valiosísima fuerza de opinion para mantener la moral del movimiento popular, y allanar los obstáculos que ofrecia á cada instante el desdichado estado del país. De igual concepto, y con la misma justicia, gozaban los otros tres; y á todos ellos se les debia en mucha parte la consistencia y constancia

con que las milicias se conservaban unidas bajo el mando de Lavalleja.

Sin un carácter tan justificado, pero de naturaleza mucho mas acentuada como militar de línea, hacian distinguido papel, el coronel don Manuel Oribe, el teniente coronel don Servando Gomez, y el indígena teniente coronel don Anacleto Medina: soldado y hombre de *pró* sin ninguna duda.

Crédito de inteligente y de buen oficial gozaba Oribe en el ejército, á pesar de no haber figurado jamás en las grandes campañas del Alto-perú, de Chile y del Perú. Pero era de familia notable en España. Su padre habia venido á Lima con un alto empleo; allí habia nacido él, y tenia dos años cuando lo trasladaron á Montevideo: de donde salió á tomar servicio en la causa de la independencia desde los primeros dias de la Revolucion. Quizá por el instinto de hombre bien nacido, engreido de su orígen, con tendencias aristocráticas y educacion distinguida, fué que Oribe no se mostró jamás inclinado á los hábitos y á la licencia de las correrías gauchas llamadas montoneras. Él hizo siempre su servicio militar en batallones y tropas de línea; y siendo muy jóven, fué autor, y audaz ejecutor, de la separacion del batallon de *Libertos Orientales,* que por no mancharse á las órdenes de Artigas, negoció con Lecor el permiso de pasar íntegro



por Montevideo para trasladarse á Buenos Aires. (11)

Desde sus primeros pasos se habia manifestado siempre decidido por la reincorporacion de la Banda Oriental á la República Argentina: firme en la idea de que esta era la única manera de contrarrestar las usurpaciones del Brasil y de consolidar el órden interno. (12)

(11) Vol. VII, pág. 416 de esta obra.

(12) Un íntimo amigo suyo, que tambien lo era mio, me dijo que Oribe le habia declarado muchas vèees que para él siempre habia sido de primer interés la reincorporacion de los orientales en los argentinos; porque se consideraba con bastantes aptitudes para haber hecho fortuna en grande escala, y *haber ocupado los mas altos puestos de la Nacion.* Pero qne habia fracasado siempre contra la tenaz y la absurda preocupacion de sus paisanos: incapaces de doblegarse á una cosa tan conveniente para todos. Pensaba pues, ni mas ni menos que como el doctor don Juan Cárlos Gomez cuya insistencia en este sentido todos conocemos. Encontrábame yo una vez en uno de los corredores de la plaza de *Toros* de Montevideo fumando con algunos amigos, entre ellos el heróico Leandro Gomez, Narciso del Castillo, el señor Camino y otros, cuando se nos acercó el señor Oribe y pidió un cigarrillo: se lo dieron, y como no nos conocíamos Castillo me presentó; pero al verlo estender la mano, le dijo en broma— « no se la apriete mucho, general: mire que es *porteño* » —« Eso he sido yo siempre » contestó Oribe, sin agasajo y con seriedad: conservándonos cada uno en una reserva respectiva que tenía sus antecedentes.

Dotado de talento y de una voluntad indomable, Oribe alcanzaba bien que Lavalleja no seria jamás un rival serio que pudiese disputarle los primeros puestos de la provincia: ó los de la Nacion que tambien codiciaba para cuando le llegara su tiempo. Frutos Rivera traidor á sus deberes, renegado incorregible, y mal reputado, era á sus ojos un caudillo vulgar y trapalon que no le inspiraba ninguna aprehension. A un hombre como él, ligado á las clases distinguidas del país, no podía ocultársele que el éxito de la causa oriental dependia de su sincera y estrecha union con la República Argentina. Asi es que se habia declarado altamente partidario del general Alvear, á cuyo servicio habia estado tambien en 1814 y en 1820.

Oribe contemporizaba con Lavalleja como con una necesidad transitoria. Lo tenía por bastante patriota para no resistir la direccion de un hombre mas competente y mas capaz que él de llevar á buen éxito la campaña. Si consideramos el génio altivo y persistente del coronel Oribe, la confianza que tenía en sí mismo, su temple inflexible, sus pasiones altivas y su entusiasmo, podríamos creer tambien que sus aspiraciones abrazaban un horizonte mas vasto; y que siendo argentino, como entonces lo era por *la ley* y *por el patriotismo,* entreveia quizás, al través del porvenir, los fulgores de una for-

tuna mas encumbrada en el ancho territorio de la gran patria comun.

El comandante don Servando Gomez era otro de los gefes orientales que gozaba de una merecida reputacion como oficial de caballeria; y lo probó cumplidamente ejecutando con energía y acierto algunas operaciones preliminares que el general Alvear le confió.

Hombres de este mérito eran naturalmente intransigentes con los hábitos relajados y con los desórdenes de la escuela *gaucho-artiguista*, en que se habian formado Rivera y el mismo Lavalleja; de modo que estaban completamente decididos á obedecer al general Alvear y respetar las resoluciones del gobierno nacional. Los comandantes de batallon don Eugenio Garzon, don Buena Ventura Alegre y don Manuel Correa, oriundos tambien de la Banda Oriental, eran hombres de órden y de una educacion esmerada. Los dos primeros habian obtenido sus grados en la Expedicion al Perú de 1820 á 1825: el 3º habia hecho servicios honorables en el ejército de la Capital. Era un hombre de toda confianza y de tan amable carácter que era estimadísimo entre sus compañeros.

Al mando de las tropas argentinas figuraban, como hemos dicho, gefes que habian adquirido fama en Chile y en el Perú bajo las órdenes de San Martin y de Bolivar. Decir

que todos ellos habian dado relevantes pruebas de bravura, seria vulgar, pues no hay quien no conozca el renombre con que habian regresado á la patria despues de doce años de batallas y durísimas campañas. Pero habia diferencias de carácter y de aptitudes entre ellos. Consideramos nosotros como el primero, bajo el punto de vista del talento militar, de la capacidad estratégica, del génio reflexivo, y de un proceder siempre estudiado con prudencia y discrecion, al coronel José Maria Paz. En seguida al coronel Federico Brandzen, ó al de igual clase don José de Olavarria que por cierto no le cedia en nada, ni por ser de un trato mas modesto y de exterioridades menos imponentes que el caballeresco frances que del campo de *Waterloo* habia venido á mostrar su arrojo en *Chacabuco* y en *Maipu*. Por su arrogante tipo, no era menos—« francés »—ni menos altivo—el coronel Lavalle. No puede decirse que por ninguno de los accidentes de un militar, fuese inferior ó superior á ninguno de los nombrados, el arrogante coronel don Félix Olazábal, de quien hablaremos despues. Pero el general Lavalle era hijo de una familia predominante en el trato social de Buenos Aires. Su padre don Manuel Lavalle—Administrador de Aduana desde el tiempo de los virreyes—llevaba consigo el respeto de todos, y era mirado en este municipio como un hombre venerable. Tenía numerosa familia: las



señoras—de una belleza proverbial; y que por eso, ó por el rango que ocupaban, no solo ejercian un influjo poderoso, sino que irradiaban y concentraban la atencion de las gentes de su tiempo. Si bien no eran celebridades los hermanos del general, eran, todos ellos, hombres de mérito, de una reputacion intachable y de poderosas relaciones en la parte dirigente del país: eran algo mas que eso—eran miembros señalados é influentes del—« partido político que dominaba la situacion ». De modo, que á su orgullo militar, á su orgullo de familia, á su gentil persona, y á la manera alti-sonante de sus formas y de su lenguaje, impregnado siempre de altivos conceptos, reunia el coronel Lavalle la presuncion de que estaba destinado á ser una gran figura histórica en el Rio de la Plata. Pero el ejemplo de Bolivar lo habia enfermado moralmente. Por desgracia suya, no tenia nada de esa inquietud fosforecente, brutal y febril del caudillo colombiano que lo habia infatuado; y sus talentos militares no estaban tampoco á la altura de sus pretensiones ni de la bravura real con que la voz popular lo adornaba. (13)

(13) Aunque esta es mi particular opinion que tengo por bien estudiada, llegado el momento la comprobaré con una carta del ilustre argentino don Florencio Varela, ya antes publicada pero muy poco conocida; y con la opinion concordante del doctor don Julian Segundo de Agüero.

El coronel Paz habia nacido en Córdoba con talentos militares y reflexivos de primer órden. No era como Lavalle, hombre que viviera inspirado siempre por los rayos fulgentes del sol, sino hombre de estudio, y mas concentrado de lo que somos generalmente los hombres meridionales. Era militar desde la edad de 15 años; habia aprendido mucho, porque todo lo habia observado, y porque tenía una rara posesion de cuanto constituye el terrible ajedrez de las batallas de sangre. Habia ido al ejército aleccionado por grandes contratiempos. Se conducia con suma prudencia, y obraba respetuosamente unido al general en gefe, de quien tenía una altísima idea, como ya lo hemos hecho notar citando sus *Memorias póstumas* con motivo de los sucesos de 1815 y de la inepcia de Rondeau en la campaña del Alto-perú.

Muy distinto era el proceder del coronel Lavalle. Prevenido siempre contra el general en gefe, no solo le consideraba como de poco mérito para tener á sus órdenes oficiales que habian servido con San Martin y con Bolivar, sino como un rival militar y político, á quien le convenia ir poniendo de lado. Le prestaba pues poquísimo acatamiento: hacia gala de soberbia independencia: lo criticaba públicamente; y habia formado en contorno suyo un círculo que le hacia coro, dominado por las imponentes maneras del coro-



nel, y por lo que él mismo hacia presumir de sus altos talentos y de su próximo porvenir.

Lavalleja y el coronel Lavalle no se podian ver como era natural. Entretanto, el uno con sus orientales, y el otro con sus admiradores, eran los dos mas grandes estorbos que perjudicaban la autoridad moral del general en gefe, impidiéndole que llenara como era debido las exigencias de la disciplina y la libertad de sus movimientos.

El general Alvear, mil veces mas hábil y mas formado que el presunto campeon del partido unitario, era ya otro hombre que el que habia sido en los primeros arrebatos de la ambicion y de la juventud; y parece que soportaba esta incómoda situacion sin otra preocupacion que la de llevar á buen fin la causa que tenía en sus manos—« El coronel Paz es-« taba admirado de la prudencia del general « Alvear, tan enérgico y autoritario como era. « Pero sin esa tolerancia, no habria podido « continuar la guerra emprendida con la esci-« sion en que estaba el ejército argentino y « el alejamiento pronunciado de las fuerzas « orientales. » (*Recuerdos,* etc., del coronel Todd, pág. 18.)

El coronel Paz habia hecho del nº 2 un modelo acabado en su género; y se manejaba, no solo con cordura, y con destreza sino con astucia, tratando ante todo de consolidar su

crédito en la opinion del general en gefe, y de hacer dominante su personalidad en el ejército. Contaba con que así llegaria á tener en su mano los medios de ir á tomarle cuentas á Bustos (su *compañero* y su *judas*) de las querellas de 1820. Entre tanto, su único conato por el momento era ganar bien las charreteras de general: sin sacrificar nada á sus fines ulteriores y entregándose por entero á sus deberes actuales, y sin hacerse sentir á destiempo.

Brandzen era todo un caballero de la edad-media. De su brillante comportacion como guerrero no hay que hablar. Entraba al combate con un fuego, con una arrogancia, con una energía vivaz y experta, que admiraban en él los mas bravos y entendidos de sus compañeros. Solo una bala, en su brutal impulso, pero nó brazo humano hubiera podido contenerlo. Para completar su rara naturaleza, Dios lo habia hecho *guerrero* y *trovador* como los héroes poetas del siglo XII; y su entusiasmo se desfogaba lo mismo cuando cargaba como un huracan sobre la línea enemiga, que cuando exaltado por el combate regresaba á su *carpa,* colgaba la espada, y armado de la pluma echaba sobre el papel preciosas endechas que no habrian desdeñado Delille ó Andrés Chenier. Generoso y leal, de palabra franca, y bastante independiente para no ser justo, estimaba en mucho la competencia y el génio *fran-*

cés del general en gefe. Hacia la guerra por vocacion, por amor al sistema republicano: amaba su nueva patria, y se hacia amar de todos sin que su garbo levantase zelos mezquinos.

Olavarria era todo un hombre de guerra. Soldado de Necochea, compañero y émulo de Suarez (Isidoro) el *Héroe de Junin:* de génio modesto, disciplinado por espíritu de órden y por hábito, seguia mansamente las corrientes en que lo ponian sus amigos: amaba y contemporizaba mas de lo conveniente con Lavalle; pero cumplia religiosamente las órdenes de sus superiores; y tenía una tranquilidad admirable para hacer maniobrar sus soldados bajo la metralla enemiga, *como si hiciese evoluciones en un campo de parada* — dijo el general Alvear al dar cuenta de su comportacion en el campo de batalla de ITUZAINGÓ.

En la infanteria primaba por su reconocida importancia y por sus distinguidos servicios en Chile y en el Perú, bajo el general San Martin, bajo Sucre y Bolivar, el coronel don Félix Olazábal, que desde 1812, y siendo aun muy niño, se habia formado en la escuela severa y activa de su cuñado el general Soler. En la célebre batalla de *Pichincha* al pié del *Chimborazo* habia sido proclamado por el general Sucre—«vencedor y héroe del dia.» (15)

(15) Por un error ó confusion inexplicable se ha de-

La artilleria del ejército constaba de diez y seis piezas de á 4, de á 8, con dos obuses de 9 pulgadas, divididas en 4 baterias, bajo el mando del coronel don Tomás de Iriarte y del mayor don Benito Nazar; era ayudante mayor del coronel el señor don Félix Pico, que tenía entonces 16 años, y que afortunadamente vive aún rodeado de las generales consideraciones y del respeto de Buenos Aires, su provincia nativa. El coronel Iriarte, ganó el grado de general, como el coronel Paz y el coronel Lavalle, en la batalla de Ituzaingó. (16)

corado con esta inmarcesible gloria al general Lavalle, y hasta se ha colocado en su estátua el nombre de esta famosa victoria, cuando consta como veremos despues por los documentos oficiales y por nota expresa del mismo señor Lavalle, que en ese hecho de armas no tuvo parte ninguna, y que fué el coronel Olazábal quien lo decidió al mando del regimiento nº 2 del Perú, como se ve en el parte del generl Sucre; y aquí podríamos decir como Victor Hugo al hablar de su padre el general Hugo—*non inscript dans la colonne.*

(16) Habia nacido en Buenos Aires y se habia educado en el Colegio de Nobles de Madrid desde los 10 años. A esa edad salió de Buenos Aires en las *cuatro Fragatas* en que tuvo lugar la catástrofe de la familia de Alvear. Iriarte nos ha dejado en la *Revista de Buenos Aires* una exelente relacion del trágico suceso. Era tambien hombre de letras y de variadísima instruccion: queda de él una buena traduccion de las *Cartas de Lord Chesterfield,* cuyas citas poéticas se las tradujo mi padre en verso español allá por 1832. Hizo sus primeros serví-





El general Alvear habia dado el mando del regimiento nº 8 de caballeria, que era considerado como uno de los cuerpos mas sólidos del ejército, al coronel don Juan P. Zufriategui, que no tenía títulos de ninguna clase para mandarlo. No se le conocia bravura militar, ni antecedentes de guerrero, ni se le tenía por entendido en el modo de hacer maniobrar, en parada ó en el campo de batalla, una masa de soldados tan importante. La única razon con que podria explicarse este favor, seria que el coronel Zufriategui brillaba como hombre de sociedad: muy bien criado, muy ameno y chistoso cortesano: era eso en fin que en nuestro idioma vulgar se llama—«dichero»—fácil para manipular con gracia anécdotas mas ó menos escabrosas y críticas adobadas con chismes de actualidad. Habia servido en 1814 en el ejército sitiador de Montevideo: era patriota y de carácter correcto; pero nada mas.

La movilizacion de los contingentes que habian contribuido á componer el ejército, se habia hecho con una rapidez bastante notable. Verdad es que no hay país en el mundo donde puedan movilizarse tropas con mas rapidez que en el nuestro. Tan fácil es hoy movilizar

cios en el ejército español, y vino al Perú con el grado de teniente coronel en la division del general Laserna, de la que se separó en 1816 cuando este general invadió á Salta.

cien ó ciento cincuenta mil hombres, como era entonces movilizar ocho mil. Como ginetes, los hijos del país no tienen nada que aprender; y los infantes tienen todos una base muy conocida como soldados: unos y otros aprenden rápidamente las maniobras; y son de tal sobriedad, que no necesitan arrastrar enorme tráfago para ponerse en camino y operar. No hay militar entre nosotros que no lo sepa por experiencia propia. Con yerba-mate, tabaco y carne, el argentino hace cualquier campaña y en cualquier temperamento: no necesita alcoholes ni vino, ni es dado á la embriaguez, sino como un raro accidente.

Los contingentes que debian operar en la campaña del Brasil se reunieron pues rápidamente bajo el gobierno del general Las Heras. Como los caudillos provinciales no habian previsto la aventura presidencial del señor Rivadavia, se desprendieron con confianza no solo de la gente de milicia que pudieron reunir en cada provincia, sino tambien de las tropas veteranas que tenían algunos de ellos. Bustos envió á toda prisa como mil hombres que pertenecian á los antiguos cuadros del ejército del general Belgrano; y el *Mensagero,* órgano del partido unitario, lo colmaba de elogios. El general Arenales gobernador de Salta envió como setecientos reclutas ademas de la base sobre que se formó el nº 2 de caballería á las ór-

denes del coronel Paz. De Jujuí y de los Valles vinieron los infatigables infantes y sólidos *pietones* que formaron del nº 5 á las órdenes del coronel don Félix Olazábal. De Mendoza, de San Juan, de San Luis y de todas las demas provincias llegaron algunos contingentes; y quedaron formándose muchos otros cuerpos; entre ellos uno de infanteria de 700 plazas á las órdenes del coronel Videla Castillo; otro de caballería en Salta de 800 plazas á las órdenes del coronel don Francisco Bedoya; y lo mismo en el resto de la República; á fin de poner en campaña un ejército de 20 mil hombres que era el número á que queria llevarlo el general Las Heras. Pero vino la presidencia: reventó la guerra civil con ella; y el ejército quedó reducido á lo que se habia remitido antes, y á los esfuerzos que hizo Buenos Aires para llevarlo hasta el número total de siete mil hombres. (17)

(17) Caballeria: N.º 1º 700 plazas—coronel Brandzen: — N.º 2, 700 coronel Paz: — N.º 16 (lanceros) 600 coronel Olavarria—N.º 4, 600 coronel Lavalle —*Colorados,* 300 comandante Vilela—N.º 3, 400 coronel Pacheco—*Coraceros,* 400 coronel Nicolás Medina—N.º 8, 600 coronel J. P. Zufriategui—*Carabineros,* 400 comandante Servando Gomez — N.º 9, 400 coronel Manuel Oribe — *Dragones,* 300 comandante Anacleto Medina—Total 5,400 hombres de Caballeria.

Infanteria: N.º 5, 700 plazas, coronel F. Olazábal—

Para que el ejército hubiera correspondido á la difícil campaña que tenía que emprender, y que hubiera podido apoderarse de Rio Grande, obligando al Emperador á hacer la paz, habria necesitado á lo menos dos mil hombres mas de infanteria, y recibir los cuerpos que habian quedado en Salta y en Tucuman, que en número de mil cuatrocientos hombres de caballeria quedaron perdidos y envueltos en la guerra civil. Pero, cuando el general Alvear vino á tomar el mando del ejército, el gobierno nacional sabia ya que no podia contar con un solo hombre mas de las provincias: que no podia retirarse del conflicto brasilero imprudentemente provocado; y que no habia mas remedio que hacer — « de tripas corazon » como dice nuestro vulgo en su pintoresca filosofía: y acometer la campaña.

No era esto solo, sino que era menester ademas adquirir una escuadra. No era posible buscarla ni comprarla en Europa: no ha-

N.° 3, 300 comandante M. Correa—N.° 1°, 300 comandante E. Garzon—N.° 4, 300 comandante B. V. Alegre—Total 1,600. La base de estos cuerpos se componia de los Tercios Cívicos de Buenos Aires, y de algunas compañias urbanas de la *Florida*, de *San José* y de *Canelones*—Artilleria, 16 piezas 300 plazas.

Milicias de caballeria orientales—general Lavalleja 2,000 hombres.





bia tiempo, ni lo habrian permitido aquellos gobiernos. Fué pues necesario construir cañoneras, barquillos insignificantes: comprar buques mercantes de inferior calidad, segun se presentaban; y despachar á Chile al coronel don Ventura Vazquez á comprar con *dinero de contado* (Chile no quiso hacernos crédito) los viejos y miserables barcos que les habia dejado Cochrane, despues que se alzó con todos los buenos que habian sido comprados con dinero argentino en 1817 y 1818. Antes habíamos hecho enormes sacrificios por libertar á Chile: ahora hacíamos todos estos esfuerzos por libertar el Estado Oriental. Por lo demas: no es cosa nueva que—la política generosa fué siempre la ruina de todos los pueblos que la han adoptado.

Pacificada la Banda Oriental, el general Alvear se entregó por entero como ya dijimos al equipo y organizacion de su ejército. Reconcentró en el *Arroyo Grande* todos los cuerpos; y gracias á ese zelo y vivacidad que estaban en su genio, poco tiempo le bastó para formar un excelente parque con todo lo necesario para recomponer ó fabricar el material de guerra. Despues de haber recogido datos, y hecho estudios sobre las posiciones del enemigo, sobre la composicion de sus tropas, sobre la topografía de la provincia que pensaba invadir, los medios de entrar, y los de salir si no era feliz, sus recursos y sus

puntos estratégicos, habia llegado á formar un proyecto atrevido que guardaba y elaboraba cada dia mejor, en el mas completo y absoluto sigilo.

El campamento del *Arroyo Grande* estaba encargado al general Soler. Y á la verdad que si alguien merecia esta canfianza, era por cierto el héroe de *Putaendo* y de *Chacabuco*. En nuestros anteriores volúmenes hemos estudiado la fisonomia y el carácter de este distinguido hombre de guerra. Puesto en campaña era asíduo, severo, incansable para adiestrar y ejercitar los soldados; y entre los elogios que el general en gefe hacia de él, le escribió estas palabras al Presidente de la República—«Este ilustre general no necesitó sino de *dos meses* de contínua consagracion para poner las tropas en estado de maniobrar y de batirse.» Verdad es que cada uno de los gefes de cuerpo, era como hemos dicho un maestro consumado y experto que contribuia á facilitar esa tarea.

Al mismo tiempo que de nuestra parte se hacian con urgencia todos estos trabajos, el Emperador don Pedro I habia venido personalmente á Rio Grande á urgir los preparativos necesarios para poner su ejército en estado de operar, y habia traido, como ya digimos, un escuadron y cinco batallones austriacos que su suegro el Emperador de Austria le ha-



bia mandado bajo las órdenes del general Braün oficial de nota en las guerras napoleónicas.

Con el objeto de impedir que el enemigo pudiese conocer los movimientos que preparaba, el general Alvear habia echado hacia la frontera del *Yaguaron* y de la *Laguna Miní* gruesas divisiones de milicias que se presentaban haciendo escaramuzas y correrias con un éxito vario. Esta era una operacion diestra, pues el enemigo estaba persuadido, por los numerosos acontecimientos acaecidos en aquellas fronteras, que los argentinos no podian penetrar en Rio Grande, sino por allí, ó por la izquierda—tomando el camino de *Santa Ana do Libramento*—harto escabroso, y muy lejano de los puntos estratégicos para que pudieran decidirse á entrar por esa parte. Asi es que sobre este último punto habian colocado su cuartel general y acumulado los inmensos depósitos con que pensaban abrir su nueva compaña sobre el territorio uruguayo. Al lado del *Yaguaron* habian colocado la division austriaca del general Braün y tres cuerpos de caballeria *rio grandese*, poco sólidos como tropa de línea, al mando del Brigadier Bentos Gonzalvez.

La cuestion estratégica á los ojos del general Alvear era partir esta línea: entrar por el medio de los dos campamentos; echarlos en distintas direcciones; batir en detalle por la iz-

quierda el cuerpo principal del ejército brasilero mandado por el Marqués de Barbacena general en gefe y por el general Callado; apoderarse de *Bayés* y de *San Gabriel* donde estaban los depósitos, y acular á Braün sobre Rio Grande, dejándolo inmovilizado entre los *Patos* y la *Laguna Mini*. La dificultad consistia en encontrar un camino por donde poder ejecutar la operacion de sorpresa sin ser sentido hasta estar entre las dos fuerzas enemigas.

El general tenía por cosa muy urgente impedir que el enemigo penetrase en la Banda Oriental, y que viniese á darse la mano con la fuerte guarnicion de tres mil infantes que tenía Lecor en Montevideo y mil quinientos mas que guarnecian las murallas de la Colonia: fuerzas que por lo pronto estaban inmovilizadas por falta absoluta de medios para moverse y salir á campaña. Por otra parte, era indispensable adelantarse á invadir, para ocupar los riquísimos valles que quedan á uno y otro lado de la sierra de Camacuá, y que se corren desde el Rio de *Santa Maria* hasta el Uruguay. Esta operacion fácil de ser llevada á cabo con tropas sólidas y disciplinadas, aunque atrevidísima en apariencia, ofrecia: 1º que el ejército argentino pudiese vivir abundantemente sobre el país enemigo: y 2º que el adversario no viniese á consumir los escasos elementos de pro-



duccion con que contaba el centro de la Banda Oriental. Por una circunstancia inexplicable que á penas se concibe, el ejército argentino ademas de su propia fuerza y solidez, contaba con la inmensa ventaja de que el Brasil no se hubiese preocupado de formar buena caballeria de línea como habria podido hacerlo sin ninguna duda. Los hombres de Rio Grande y de San Pablo son ginetes y valerosos como cualesquiera otros; pero estaban como los orientales entregados al puro gauchaje, inconexo y miliciano. Sus gefes eran caudillejos locales, ni mas ni menos que los Lavallejas y los Riveras: hombres de primer encuentro, de remolinear, de atropellar ó de volver caras al azar de las eventualidades. Eso y nada mas que eso, eran los Bentos Manoel, los Bentos Gonzalvez y los demas de su espécie. Le faltaban pues al Brasil cuerpos de caballeria de línea, y gefes en esa arma, que hubieran tenido una larga y poderosa escuela, como los nuestros: todos los cuales sin escepcion habian salido del famoso regimiento de *Granaderos á Caballo*, creado y educado por San Martiu y por Alvear en 1813; y que desde entonces habian atravesado toda la América del Sur hasta el Chimborazo, con buena y con mala suerte algunas veces, pero aprendiendo y tomando experiencia siempre. Esta circunstancia especial, y no razones fundamentales, que son siempre absurdas y vacías,

es lo que explica la continua inferioridad que mostró la caballeria brasilera en sus encuentros con la nuestra.

Tal vez que de la infanteria hubiera podido decirse—si nó lo mismo—algo análogo; porque hasta 1822, el Brasll no habia tenido mas tropas propias que las tropas portuguesas que servian al Rey don Juan VI y que se marcharon con él á Portugal. No habia tenido guerras, ni campos de batalla dondo formar soldados. En la arma de infanteria tenla por lo pronto los batallones austriacos: tropa sólida pero que como no peleaba con la bandera de su pals, habia perdido mucha moral al trasplantarse á un suelo que no conocia ni le era congénereo ó simpático. Los argentinos contaban pues con ventajas positivas en el campo de batalla; y como dice el señor Assis Brasil en su Historia del Rio Grande—«contaban con un general audaz y de grandes talentos; cuando el brasilero era un viejo aristócrata, inepto y atrofiado.»

Cinco eran los puntos de la frontera por donde nuestro ejército podia penetrar en el Brasil sin dejar descubierta su base de operaciones, que era naturalmente el *Rio Negro:* y digo—«por donde se podia penetrar» haciendo una suposicion de que se pudiese penetrar; pues cada uno de esos puntos ofrecia inconvenientes muy sérios.



El primero por donde podria haberse intentado la entrada era el del *Cuaraim*. Pero, para doblar sus cabeceras habia que seguir un camino larguísimo, y muy escabroso cubierto de piedra en casi toda su extension. La frontera, por ese lado, estaba muy vigilada por gruesas divisiones de caballeria irregular; y no daba acceso sino á la parte mas estéril y pobre del territorio enemigo. La marcha ofrecia por ahí entre otras grandes dificultades, destruccion de caballadas, sin ninguna de aquellas eventualidades favorables que un general experto sabe aprovechar á tiempo, para tomar una sólida posesion que le permita operar en un territorio enemigo.

Mucho mas practicable era el camino que se dirije á *Santa-Ana-do-Libramento*. Sinembargo—desembocar por ahí, solo habria sido posible con un ejército de 20 mil hombres; porque el enemigo ocupaba ese punto con su cuartel general, tenia bien cubiertos sus depósitos, y habria sido menester buscarlo de frente dándole la inmensa ventaja de esperar intacto y bien apercibido, á un ejército que habria tenido que atravesar terrenos difíciles y desiertos, perdiendo caballadas, azareado por partidas ligeras y corredizas de uno á otro flanco, con un número de tropas escaso para dominar esas dificultades, y para llegar al punto del conflicto con la necesaria superioridad:

tanto mas cuanto que los imperiales tenían á mano sus depósitos allí y podian operar sobre todo el fértil país regado por el Rio de *Santa Maria*, y por sus numerosos afluentes.

El camino de la *Cuchilla Grande* estaba demasiado estudiado y conocido por todos. Sobre él se habian hecho todas las operaciones en las épocas pasadas; y como los brasileros, que lo conocian á palmos, lo tenían por el único que pudiera ser practicable con parques, bagajes y demas tráfago indispensable, estaban preparados para concentrarse, envolver á los invasores y batirlos antes de que penetrasen: pasando el *Yaguaron* apenas los sintiesen. Lo que menos queria el general Alvear, era ir á librar una batalla como un aturdido en semejantes condiciones.

Por *Santa Teresa* podría haberse intentado desconcertar al enemigo haciendo una entrada rápida por su retaguardia, y ocultando la direccion con cuerpos volantes que operaran sobre el *Yaguaron*. Al general Alvear le convenia que el enemigo creyese que esta era la operacion mas probable, y lo habia mantenido en alarma por medio de los movimientos y ataques ligeros que constantemente le hacia por ese lado la caballeria oriental mandada por los coroneles Laguna, Quinteros, Olivera y el comandante don Ignacio Oribe, como ya digimos.



Entretanto, lo que el general premeditaba era sorprender y partir la línea enemiga para penetrar sin obstáculo hasta *Bayés* y *San Gabriel:* es decir—ejecutar una verdadera operacion estratégica: de esas que honran el talento y la experiencia de un general, y que le permiten ocupar el terreno enemigo con todas sus fuerzas íntegras y salvas de cambates intermedios que se las puedan disminuir ó que le entorpezcan su decidida marcha hasta los puntos centrales de que quiere apoderarse; y como esa habia sido siempre la táctica puesta en voga por Bonaparte, el general Alvear con aquella su vivacidad natural, se proponia imitarlo; y lo verificó de tal modo, que se puede decir que realizó la sorpresa y el rompimiento de la línea brasilera con los mismos medios y con la misma oportunidad con que Napoleon lo verificó en Charleroy, partiendo la línea de los aliados en *Quatre-Bras* y *Ligny,* como lo vamos á ver.

Preocupado con el proyecto de llevar á cabo esta audaz y preciosa operacion, el general Alvear se propuso operar por la márgen derecha del Rio Negro, atravesando las confluencias de los dos *Tacuarembós;* y marchar por donde nadie podia sospecharlo, por donde nadie habia andado con un ejército en forma; y seguir, cubierto así, hasta el *Arroyo del Hospital* donde se proponia partir al enemigo. La cualidad distintiva del general Alvear, como

hombre de guerra era la audacia de la concepcion y la rapidez en la ejecucion. Pero en eso, lo notable era que esa rapidez, irreflexiva y aventurosa al parecer, no era la del hombre superficial que se entrega al impulso de una ilusion, sino un fenómeno mental procedente del golpe de vista claro con que penetraba de pronto el fin y los medios de alcanzarlo á un tiempo.

Toda esa porcion del país que iba á atravesar era un selvático desierto. Muchos lo juzgaban impracticable por la multitud de rios y de arroyos que la cruzan y que van á caer en el *Rio Negro* ó en sus afluentes. A nadie, y mucho menos al general enemigo, se le habia ocurrido que el ejército argentino pudiese penetrar por ahí; y esto era precisamente lo que mas lisongeaba al general Alvear; pues despues de haber tomado datos de la naturaleza del terreno, conocia las dificultades, y creia que con una voluntad firme y buenas tropas podia conseguir su intento.

Era evidente, que llevada á cabo esta operacion, el ejército argentino quedaba interpuesto entre los dos campamentos brasileros de *Santa Ana* y del *Yaguáron;* y habilitado para batir en detalle uno ú otro de los dos cuerpos, que *ipso facto* quedaban en completa imposibilidad de concertarse ni de incorporarse. El de *Braün* tenia que retrogradar por su izquierda hasta asilarse en la sierra de Camacuá; y el Mar-





qués de Barbacena, sorprendido y obligado á correrse á la frontera del Yaguaron para auxiliar á Braün, iba á caer necesariamente bajo el ataque del ejército argentino, ó verse obligado á huir desesperadamente abandonando el cuartel general, los depósitos y la mas importante y rica parte de la provincia. Una vez señor de toda esa comarca, el ejército argentino se podia hacer de excelentes caballadas y de los valiosos recursos que el enemigo habia acumulado á su espalda en *San Gabriel*.

Decidida la marcha por este rumbo el general dividió el ejército en tres cuerpos. El 1.er cuerpo se componia de toda la division oriental de Lavalleja, reforzada con numerosas milicias que aunque de organizacion poco sólida, hacian el efecto de una gran masa, y eran de mucha utilidad para obviar los estorbos del camino, el paso de los rios ó de los esteros, pues, como se sabe todos son allí nadadores, que saben armar balsas de cueros para los bagajes, pasar los caballos, y atravesar ellos mismos con sus ropas, sus monturas, y sus armas sobre la cabeza, sin que se les moje una pieza. Sinembargo, el general reforzó este cuerpo dándole el nº 9 de caballeria que mandaba el coronel M. Oribe, y el escuadron de Dragones que mandaba el comandante Servando Gomez.

El 2º cuerpo, bajo el mando inmediato del general en gefe, se componia de los regimien-

tos de caballeria nº 1º coronel Brandzen: nº 2 coronel Paz; *Lanceros* del coronel Olavarria (nº 16): coraceros coronel Nicolás Medina: carabineros comandante A. Medina: nº 8 coronel Zufriategui: nº 3 coronel A. Pacheco.

El 3.er cuerpo bajo el mando inmediato del general Soler, contaba los cuatro batallones: toda la artilleria, el Regimiento nº 4 de caballeria coronel Lavalle, y el escuadron de colorados comandante Vilela, que marchaba adjunto al nº 4.

Para ocultar el punto objetivo de la operacion, el general despachó ochocientos hombres de caballeria, y los *Dragones*, al mando del comandante Servando Gomez sobre la costa del *Arroyo Cuñapiru* que corre casi paralelo á *Santa Ana*, con órden de hacer un vivo reconocimiento sobre el cuartel enemigo, bastante vigoroso y acentuado como para hacerle creer que era una operacion de la vanguardia; y ponerlo en alarma sobre ese punto. Pero tenia órden de correrse á prisa por la derecha del *Tacuarembó*, y de incorporarse al ejército en el Rio Negro, que en ese momento debia estar ya á las inmediaciones del *Arroyo del Hospital*, sobre la frontera del *Yaguaron*.

Barbacena creyó en efecto que se tentaba una operacion séria sobre su frente. Puso en movimiento todas sus tropas para cubrir sus depósitos por las riberas del rio *Santa Maria*, y

comunicó lo sucedido á la division de Braün.

Entretanto, los tres cuerpos del Ejército habian pasado al norte del Rio Negro por el paso *Bustillos:* seguian por allí hasta las confluencias del *Tacuarembó,* y pasaban el arroyo del *Hospital* cayendo de improviso sobre esa parte de la frontera, al mismo tiempo que Braün se aprontaba á subir á *Santa Ana* en la idea de que aquella otra parte era la invadida.

Sin poder saber de qué bulto ó de que poder era la fuerza que ahora lo amenazaba, Braün le pasó avisos urgentes á Barbacena de lo que ocurria, y le ordenó á Bentos Gonzalvez que se adelantase á sostener la frontera inmediata del *Yaguaron* con su division de caballeria (1,200 hombres) siguiéndolo él de cerca con el escuadron y con los tres batallones austriacos que mandaba.

Pero el general Alvear dejó el primer cuerpo á la derecha del Rio Negro en observacion de la marcha de Barbacena, y pasó á la izquierda con el 2º y el 3.er cuerpo, es decir con la parte sólida de su ejército: avanzó una punta hiriente sobre Bentos Gonzalvez, obligándolo á retrogradar á toda prisa, sin poder unirse á Braün; y este viéndose acometido por fuerzas tan imponentes desalojó tambien la frontera á toda prisa, y se corrió al norte á tomar asilo en la sierra de *Camacuá.*

El objeto del general Alvear no era ocu-

parse de Braün, sino destruir á Barbacena: cortarle el camino de Bayés y batirlo con toda seguridad por la evidente superioridad de sus fuerzas. Asi és que apenas hizo desalojar la frontera por el lado de Braün, repasó el Rio Negro con toda celeridad: y unido al primer cuerpo, se movió en la direccion que traia Barbacena. Informado éste de lo que acababa de suceder oblicuó su retirada sobre su izquierda con precipitacion, tomando por la *Cuchilla Grande* á meterse tambien en la sierra de *Camacuá* por el lado inverso del que la habia tomado Braün. (18)

(18) Los hombres del arte podrian hacer aquí una aproximacion muy curiosa entre esta campaña del general Alvear y la marcha de Napoleon (1815) al entrar en Bélgica por Charleroi y partir el ejército Anglo-Prusiano de Wellington y de Bunser; y casi casi estamos seguros de que al estudiar con atencion uno y otro caso, encontrarán analogías sorprendentes; y pensarán quizás como nosotros que el general Alvear *copió* y *realizó* sobre el terreno el plan de Bonaparte. Los primeros ejemplares del *Memorial de Santa Elena* llegaron á Buenos Aires en 1825 año y medio despues de publicados furtivamente en Europa. En esa obra, Napoleon se jacta de que su plan de la campaña de 1815 era uno de los mas perfectos de su vida militar, daba datos y explicaciones que no se apreciaron entonces por que el éxito de la batalla final ahogó el mérito de la operacion. Las explicaciones del grande batallador de nuestro siglo pasaron como simples jactancias y sueños de la vanidad vencida. Pero á medida que el tiempo y que el estudio han ido re-



El ejército argentino tomó tambien la misma direccion por el terreno bajo que orilla la *Cuchilla,* siguiendo paralelamente la marcha de Barbacena, y seguro de cortarle su camino antes de que este pudiese oblicuarlo y asilarse en las pendientes de la sierra.

El general Alvear se adelantó personalmente con el escuadron Gomez, y reconoció los alrededores de la villa de *Bayés:* hizo que este gefe persiguiera y echara al otro lado del arroyo *Piray* las partidas de caballeria enemiga que se movian vigilándole su marcha por esos puntos. Ocupó la villa: y saliendo de ella por la derecha, siguió vigorosamente á interrumpir la retirada de Barbacena pensando obligarlo á dar la batalla antes de que pudiera tomar el paso de los *Enforcados.*

En cuanto cabe en las cosas humanas, el éxito era seguro: no solo por la superioridad del número, y por la calidad de la tropa, de

velando la verdad de los hechos, el plan de campaña que terminó en Waterloo, está reconocido ya técnicamente como el mas hábil y audaz entre las maravillas estratégicas de la historia militar moderna. (*) Compárese ahora la maniobra del general Alvear en la campaña del Brasil; y se verá que no es posible cerrar los ojos á las analogías, ni desconocer que es una operacion habilísima tambien inspirada por el estudio y por la meditacion de la obra del gran maestro.

(*) *Decisive Battles of the World* by sir Edward Creasy; London 1887.



las caballadas y demas elementos que se habian recogido en abundancia, sino por la visible desmoralizacion en que se hallaba el enemigo al verse arrojado de un lado á otro, y perseguido por un ejército que se habia echado sobre él por donde menos se le esperaba.

Al acampar en la tarde del 26 de enero, el general Alvear contaba con que al otro dia arrojaria al Marqués de Barbacena del camino de la Sierra que llevaba, y que lo batiria completamente en las márgenes del arroyo Yaguary. Pero en la guerra, el dedo de la fatalidad y las fuerzas incontrastables de la naturaleza reclaman á veces su imperio inflexible sobre las combinaciones y sobre los propósitos del hombre, poniéndoles un veto inapelable. A media noche se desató en los valles que ocupaba el ejército argentino un temporal deshecho, torrentes de lluvia hicieron imposible todo movimiento: las cañadas mas humildes se pusieron á nado: los arroyos eran torrentes, y todo el terreno un lago. (19) Esta fatal contrariedad duró hasta el 29 á la noche, sin interrupcion y con la misma furia—«La impacien-
« cia del general en gefe era extrema; tres
« veces quiso moverse; pero los demas gene-

(19) Véase el *Boletin* del Estado núm. 3; y el *Manifiesto* del general Alvear con las piezas justificativas (1827) que lo acompañan.

« rales, el gefe de la artilleria y el comandante
« del parque le declararon categóricamente que
« era imposible. »

Entre tanto la fuerza del temporal no habia producido los mismos efectos en las cuchillas por donde marchaba el Marqués, cosa que sucede frecuente en los terrenos muy quebrados y cortados por sierras. Y este accidente fué en aquel dia la salvacion del principal cuerpo del ejército brasilero.

Sin embargo apenas cesó la lluvia los Dragones orientales al mando del comandante Anacleto Medina, ejecutaron una ruda sorpresa sobre las fuerzas avanzadas de la caballeria de Bento Manoel, en la que sablearon completamente el escuadron del coronel Cardoso, tomándole bastantes prisioneros y mas de 400 caballos de primera clase. «Hoy 30 han regre-
« sado al campo del ejército (dice el Boletin del
« Estado Mayor) y el cielo que amaneció sere-
« no ha aumentado el gozo de su triunfo. »

Ese mismo dia se puso en movimiento el ejército argentino por la derecha de *Bayés* y fué á campar en las ruinas de la antigua fortaleza de *Santa-Tecla,* con la esperanza todavia de interceptar la retirada de Barbacena, y de batirlo ó echarlo hácia *Santa Maria* donde no habria tenido mas remedio que capitular. Pero cuando se le avistó, el Marqués entraba ya en las asperezas de *Camacuá*. El

general Alvear lo persiguió de cerca, mas no pudo impedir que se internara, ni que tomase posiciones impracticables para un ejército escasísimo de infanteria, aunque poderoso en caballeria, como desgraciadamente era el ejército argentino comparado con el brasilero. Conociendo pues las desventajas de la posicion relativa, el general Alvear cubrió vigorosamente su frente con el 1.er cuerpo; y con los otros dos desfiló por retaguardia procurando no ser sentido y ocupar el camino de *San Gabriel;* que ahora iba á ser el punto estratégico de los dos ejércitos.

Le convenia mucho al general Alvear realizar el propósito de mantenerse en las cercanias de *San Gabriel,* y de atraerlo á Barbacena á ese terreno. Pero para conseguir que este ignorase la direccion de sus marchas y su posicion, era preciso escarmentar y alejar las divisiones de caballeria de Bentos Gonzalvez y de Bentos Manoel que se empeñaban en seguir observando los movimieutos de nuestro ejército. Con este fin se le ordenó al coronel Lavalle que batiese al primero de estos que se habia situado sobre el rio *Camacuá.* La division brasilera se dispersó en montonera; y se corrió hácia el rio *Ibicuy,* donde se incorporó á la de Bentos Manoel, de mucha mayor fuerza, que con el mismo fin de observar, se habia situado al norte de *San Gabriel,* sobre el arroyo del





Ombú, confluente del rio *Caciquey.* Para llevar á cabo el desalojo de esta fuerza, era menester atacarla á fondo, y echarla al norte del Ibicuy, de donde no pudiera ya volver al terreno donde se operaba. Con este fin se formó una brigada á las órdenes del general don Lúcio Mansilla, compuesta del nº 4 coronel Lavalle: Dragones de A. Medina, Lanceros de Olavarria, y nº 9 coronel Oribe. La operacion fué perfectamente hecha. Los dos gefes brasileros no solo fueron batidos, sino perseguidos con tal empuje, que completamente deshechos y en total dispersion tuvieron que abrigarse al otro lado del Ibicuy, quedándose el ejército brasilero sin medios de—«observar y conocer los movimientos del ejército argentino.»

El general Alvear desalojó ostensiblemente á *San Gabriel,* fingiendo una retirada hácia el Uruguay como si quisiera dar la vuelta y regresar á la Banda Oriental por el Salto. Pero, una vez hecho esto manifiestamente, volvió al mismo terreno, y se mantuvo en él sin ser sentido. Creyendo Barbacena que el ejército le llevaba—«cuatro jornadas» segun dice él mismo en su parte oficial, abandonó la sierra, entró á San Gabriel, y salió en direccion al rio *Santa Maria,* suponiendo que el ejército argentino lo habria ya pasado. Pero en vez de esto, pudo ver que el general Alvear no se habia alejado; y que por el contrario marchaba paralela-

mente con él hacia el paso *del Rosario,* procurando ganarlo á prisa. En el terreno en que se hallaban, Barbacena no podia ponerse en retirada, ni suspender su movimiento sin perderse. Tenia grande interés en apoderarse del *paso,* ya para impedir que el ejército argentino se evadiese por allí, ya para ocupar una posicion ventajosa y dominar las operaciones.

Sorprendido sin embargo de que despues de *cuatro largas jornadas,* nuestro ejército estuviese todavia á sus inmediaciones, Barbacena comenzó á dudar de su posicion, y el 18 de febrero hizo junta de oficiales generales para estudiar la situacion y resolver si convenia adelantar á dar una batalla ó si era preferible volver á tomar posiciones en la sierra. Su opinion era esta última decididamente: no tenia confianza en el éxito. Pero los demas gefes, naturales y afincados en la provincia, opinaron en contra alegando la necesidad de desalojar á un enemigo que estaba desvastando el país: y fueron los principales á opinar en este sentido—Barrreto marqués de Alegrete, y el Brigadier Abreu, dos hombres de poderoso influjo en el ejército y en el país.

Entretanto el 18 el ejército brasilero permaneció inmóvil por todo el dia; y el general Alvear hizo lo mismo aprovechando la oca-



sion de dar descanso á la tropa y á los caballos.

Los brasileros estaban á seis leguas del *paso del Rosario:* los argentinos á cuatro leguas. Pero era muy fácil preveer que aquella aparente tranquilidad del dia, se convertiria por la noche en un acentuado movimiento de los dos ejércitos por ocupar el paso del *Rosario* que no solo era el punto estratégico, sino el único en donde se pudiera evitar un encuentro y facilitarse una retirada—aquel de los dos generales que no creyera conveniente aceptar una batalla. Dueños del *paso* los brasileros podian sostenerlo sin peligro, y dar la vuelta hácia el Caciquey; y del mismo modo los argentinos podian desde allí replegarse al *Cuaraim,* y volver á operar por la frontera de *Santa Ana,* que habia quedado desguarnecida: ó tomar buenas posiciones, y forzar al enemigo á batirse.

Con las primeras sombras de la noche del 18 de febrero, se movió rápidamente el general Alvear, y ocupó con el 2º cuerpo la encrucijada de los dos caminos que van de *Caciquey* el uno, y de *San Gabriel* el otro, á bifurcarse con el del *Paso del Rosario.* Una vez ganado este punto, hizo que los otros dos cuerpos desfilasen por su espalda y se adelantasen á ocupar ese paso.

El ejército imperial habia marchado tambien

toda la noche; de modo que al rayar el dia pudo ver la posicion tomada por los argentinos y la retirada desahogada y tranquila con que el 2º cuerpo, bajo las órdenes del general en gefe, seguia su movimiento. Una vez dueño éste de las márgenes del hermoso rio habia ya conseguido la ventaja de dar de beber á sus caballadas, y de que la tropa descansase á la sombra del bosque en aquel abundante y bellísimo raudal de las aguas del *Santa Maria;* mientras que el ejército brasilero fatigado, incierto, y bajo un ardiente sol de febrero, estaba en las *cuchillas* completamente privado de todas estas ventajas; consolándose sinembargo con la creencia de que los argentinos escusando el encuentro, iban á interponer entre ambos el caudaloso rio.

El general Alvear hizo lo posible por afirmar al enemigo en ese error; pues se proponia sorprenderlo á tiempo con un movimiento atrevido. En la tarde del 19 varios trozos de caballeria del 1.er cuerpo, pasaron el rio á nado, llevando cosas inservibles en botes de cuero como si trasladasen materiales de guerra. Los brasileros podian observarlo: pues habian desprendido piquetes de caballeria local que desde algunas alturas circunvecinas llevaban estas noticias al cuartel general. Al caer la noche, se fingió ciertos descuidos en el paso, mediante lo cual algunos prisioneros pudieron escapar y confirmar la noticia

de que todo el ejército argentino estaba trasladándose al otro lado. Pero en esa misma noche, todos volvieron á sus puestos, y en la madrugada del 20 el ejército se puso en movimiento á ocupar á su frente un terreno bien estudiado desde el dia anterior, en cuyos flancos habia barrancos y cuchillas fuertes que los resguardaban; y por el frente un cañadon que se prolongaba sobre una altura que ofrecia una excelente posicion para poner en línea la artilleria y la infanteria.

El ejército enemigo, que al salir la luna se habia puesto en camino hácia el *paso* con toda confianza, se encontró de *sorpresa* (así lo dijo su general en gefe) con el ejército argentino que marchaba á su encuentro. Ya no era posible evitar la batalla. Ambos ejércitos tomaron inmediatamente sus medidas para darla; y tuvo lugar así la batalla de ITUZAINGÓ que es una de las mas reñidas y gloriosas de las que han ilustrado las armas argentinas.

Si el plan de la campaña luce por la combinacion habilísima de la audacia y de la meditacion estratégica, con que el general Alvear penetró hasta el centro del país enemigo y partió la línea imperial, operacion y resultado, que se ha considerado siempre como de un mérito escepcional de los grandes capitanes, no se mostró ciertamente menos diestro ni menos avezado en la disposicion que dió á

sus tropas al dar la batalla. El ejército brasilero era doblemente mas fuerte que el argentino en infanteria y en artilleria. Tenia siete batallones completos contra cuatro; y veinticuatro piezas contra diez y seis. De los cuatro batallones argentinos, dos eran diminutos: el de cazadores mediano, y solo el 5º podia considerarse como un regimiento de la fuerza requerida para obrar con eficacia; mientras que los siete regimientos brasileros tenian su fuerza completa, y cuatro de ellos eran austriacos.

Mil veces habia reclamado el general con instancia que el gobierno le reforzara esta arma con cuatro batallones mas; pero el gobierno estaba tan estirado de todos lados por la guerra civil, y por las amenazas internas que no tenia recursos ni como levantar mas tropas. Prometia, hacia esfuerzos, pero todo en vano. Las dificultades lo postraban, y no tenia en el gabinete un *financista* de empuje y de autoridad moral, capaz de levantar recursos con medidas mas ó menos correctas, pero que en todo caso hubieran quedado justificadas si hubieran producido aumento de renta para completar los armamentos, y para hacer frente al apuro de las circunstancias. El ministro don Salvador Maria del Carril, era un hombre sin arraigo, sin competencia ni crédito propio en Buenos Aires: recientemente venido de su pro-

vincia, estaba desprovisto de medios y de autoridad moral para crear lo que faltaba.

El general Alvear habia escogido su campo de batalla al pasar el dia anterior por el terreno. Una colina á cuyo frente habia una pequeña cañada le proporcionaba una posicion ventajosa para colocar los cañones y su infanteria con un frente protegido. Munido de bastantes datos sobre la composicion del ejército enemigo, conjeturaba que encontrándose muy superior en infanteria habria de tentar un ataque á fondo y violento sobre la línea argentina, para romperla. Convenia pues ponerle obstáculos en el terreno, para ametrallarlo en la marcha; y colocarse en aptitud de lanzarle por el flanco de su embestida las masas de excelente caballeria con que contábamos. Decidido así el plan, situó sobre la colina mencionada el 3.er cuerpo á las órdenes del general Soler. Puso en seguida sobre esa misma línea toda la artilleria, y tocándose con el centro el regimiento nº 5 coronel Olazábal. De modo que las cuatro baterias quedaban con dos batallones á su izquierda, con el nº 5 á su derecha y con los *cazadores* de reserva. A la izquierda de este 1.er cuerpo colocó el nº 4 de caballeria y los *Colorados* bajo las órdenes del coronel Lavalle, con órden de echarse sobre la caballeria de *San Pablo* que ocupaba la extrema derecha del enemigo; y despues de

arrollarla maniobrar sobre el flanco de las columnas de infanteria que por esa parte mandaba el mariscal Callado; ya fuese que se moviesen iniciando el ataque de nuestra línea, ya que se mantuviesen en espectativa.

Al general Lavalleja se le dió órden de colocarse á la extrema derecha con toda su division, y al efecto se le reforzó con el nº 9 del coronel Oribe y con los Dragones del comandante A. Medina, dos excelentes cuerpos que Lavalleja sacrificó aturdidamente. Los carabineros del comandante Servando Gomez—formaban su reserva. Al recibir esta órden, Lavalleja le manifestó grande enojo al ayudante del Estado Mayor que se la dió y prorrumpió en palabras descompuestas contra el general: vociferando que—« todas esas estratégicas eran farsas »—que para ganar una batalla no se necesitaba sino pararse de frente al enemigo, ir derecho á él, atropellarlo con denuedo y « vencer ó morir »; y que entretanto, la verdad era que el ejército patriota habia venido siempre huyendo, sin tino ni gobierno, unas veces á un lado y otras á otro, cuando podia haber entrado por el Yaguaron y apoderarse de *Rio Grande;* y por último que él como gefe superior de los orientales, vencedor en el Sarandí, y promotor de la insurreccion, exigia que se le diese colocacion en el centro para cargar y batirse: que él sabia que los oficia-





les argentinos lo despreciaban, pero que les mostraria que valia mas que ellos. El oficial dió cuenta de esto al general Mansilla Gefe del Estado Mayor; y este pasó inmediatamente á informar al general Alvear de lo que ocurria. El caso era extremo y difícil. Destituir á Lavalleja era imposible en aquel momento. Esa destitucion habria producido el desbande de toda su tropa, y consecuencias que no se podian preveer. El general Alvear, le ordenó al general Mansilla que fuese á conferenciar con Lavalleja, y que le demostrase la necesidad de colocar el 1.er cuerpo en la extrema derecha, y la bella posicion en que quedaba para operar de flanco, y acometer con ímpetu y ruido la retaguardia del enemigo. Lavalleja lo oyó todo de mala gana: no era capaz de contestar ni de discutir.... ni de comprender la operacion; pero el mismo general Mansilla lo condujo y acampó la division donde estaba ordenado.

Las cosas apuraban: se acercaban las horas de la madrugada; y parecia que el incidente hubiera quedado allanado. Pero cual no seria la sorpresa del general Alvear cuando al amanecer vió todo el cuerpo de Lavalleja adelantado de la línea, y colocado delante de los cuerpos nº 2 y nº 8, que desde luego quedaban imposibilitados de principiar la batalla, como el general lo tenia premeditado; y no era

eso lo peor, sino que viéndose forzado á iniciarla con Lavalleja estaba seguro de comenzarla por un descalabro: «Las tropas del 1.er cuerpo (dice el general) eran tan valientes como las del 2º y el 3º pero los gefes de estos dos cuerpos conocian todos la guerra, eran TÁCTICOS Y MANIOBREROS, mientras que el *Señor* Lavalleja.... » la omision de lo que habria dicho, y lo que callaba, lo dice todo.

Por grande y justa que fuese la irritacion del general en gefe, aquello no tenia remedio. Le sucedia lo mismo que á San Martin y Soler, cuando O'Higgins con su estúpido arrojo, comprometió tan sériamente el éxito de la batalla de *Chacabuco*. No tenia medios con que sacar airosa la disciplina en este conflicto con un caudillo poderoso en la política local. Entre tanto, el momento era supremo, y no se podia perder tiempo en rencillas que pudieran tomar un carácter grave. Tuvo pues que resignarse; y le dió órden á Lavalleja de echar sus cuerpos con vigor sobre la izquierda enemiga, y—«de vencer ó morir» Lavalleja llevó sobre el enemigo toda su línea, pero lo malo fué que sin «vencer ni morir» fué completamente deshecho.

El enemigo tenia en su izquierda un batallon austriaco apoyado en un grupo de árboles con tres piezas; y á su extremo grandes grupos de milicias de San Pablo. A la dere-

cha de este batallon, y ligándose con la *Division Barreto* que formaba el centro y la vanguardia de la línea imperial, se hallaban formados como dos mil hombres de caballeria. De modo que al echarse Lavalleja, de frente y sin maniobrar, sobre esta parte de la línea enemiga, el batallon aleman que la sostenia, abrasó con sus fuegos de fusil y de cañon una gran parte de los escuadrones orientales: que tuvieron que correrse sobre su derecha, llevándose envueltas las fuerzas de San Pablo á una gran distancia del campo de batalla: mientras que el nº 9 de Oribe (que en eso dia habia pasado del 2º cuerpo al 1º, para darle consistencia) chocaba con las bayonetas del batallon austriaco, sufriendo la metralla con que lo barrian sus piezas y el fuego de la fusileria; y fué así inútilmente sacrificado y desorganizado en aquel ataque de frente desatinado.

El Teniente general *Braün* que estaba dirigiendo los operaciones de su izquierda, con Abreu y con Barreto, creyó asegurada ya su posicion al ver el completo descalabro de Lavalleja; y lanzó entonces el centro de la division Barreto sobre el centro de los argentinos.

El caso era grave: pero el general Alvear, que lo tenia bien visto le dió órden al comandante Servando Gomez, y al de igual clase A. Medina, que atacasen á fondo la caballe-

ria interpuesta entre el batallon austriaco y la division Barreto; de modo que el batallon austriaco y sus tres piezas quedasen aislados; y que ellos pasasen á retaguardia del enemigo por el claro que abriesen; y al mismo tiempo le ordenó al coronel Olavarria que marchase con el nº 16, y que flanquease la izquierda de los austriacos que habia quedado descubierta por la huida y dispersion de los *paulistas*.

Gomez y Medina ejecutaron con rapidez y con éxito la operacion, poniéndose en aptitud de amenazar el flanco derecho del batallon austriaco que apoyado en un pequeño bosque y con tres piezas sostenia bravamente su posicion. Olavarria entretanto, despues de haber acechado el buen momento, se lanzaba sobre el flanco izquierdo del mismo batallon, arrollaba y lanzeaba con denuedo el escuadron de la misma nacionalidad que quiso oponérsele, y vuelto sobre el batallon, lo conmovió de tal modo que lo obligó á ponerse en cuadro, y á desalojar el campo, apoderándose de las tres piezas que el enemigo tuvo que abandonar—«Y los bravos Lanceros, maniobrando como en un dia de parada, sobre aquel campo cubierto de cadáveres, rompieron al enemigo, lo lancearon y lo persiguieron hasta una bateria de tres piezas *que tambien tomaron.* El coronel Olavarria sostuvo allí la reputacion

que habia adquirido en *Junin* y en *Ayacucho.*» (20)

Murió allí el gefe de la Brigada enemiga Mariscal Abreu, que era ciertamente un bravo oficial, y un hombre distinguido en todos conceptos.

Esta victoria parcial pero decisiva que no era sino un complemento del plan meditado por el general Alvear, como va á verse, para flanquear la izquierda del enemigo con sus masas de caballeria, tuvo una señalada parte en el éxito total del dia; y bien se comprende que si Lavalleja se hubiese mantenido en la posicion que se le habia señalado, hasta el momento de echarse con toda su masa sobre ese flanco para inundar la retaguardia de los brasileros, la victoria hubiera sido tan completa, que se hubiera coronado por una capitulacion. He aquí el informe detallado que el general Alvear pasó al gobierno sobre este fatal incidente; y que repitió despues—en la Exposicion que hizo de su campaña para que quedase comprobado delante del país y delante de todos los gefes del ejército como de una notoriedad incontrastable—«El general Lavalleja, por una fatalidad inconcebible, á pesar de habersele ordenedo que viniera á reci-

(20) Parte oficial del general Alvear: *Mensagero Argentino,* núm. 188.



bir órdenes del general en gefe en persona, luego que su cuerpo se pusiese en movimiento hácia el enemigo en la noche del 19, no lo hizo; de lo que resultó contra las intenciones del general en gefe que se pusiese delante del 2° cuerpo. Cuando el ejército hizo alto, el general despachó en persona al gefe del Estado Mayor, para que diese órden al general Lavalleja de ponerse á la derecha de aquel cuerpo, á cierta distancia El general Lavalleja no obedeció disculpándose con la oscuridad de la noche y con no conocer el terreno; sin embargo de que como gefe de la vanguardia debia haber visto aquellos sitios, por los que habia pasado el mismo dia. Esta circunstancia produjo al dia siguiente resultados lamentables, no solo privándonos de la ventaja de haber tomado al enemigo de frente y flanco, sino porque el general Lavalleja se encontró en donde debian estar el coronel Paz y el bravo Brandzen. De aquí provino que el general en gefe tuviese que empezar la batalla con el general Lavalleja, cuando su plan era empezarla con el 2° cuerpo mandado por aquellos gefes. Las tropas del 1° y 2° cuerpo eran igualmente valientes; pero los gefes del 2° son TÁCTICOS y MANIOBREROS, y el general Lavalleja.... (21)

(21) Exposicion del general Alvear: Imprenta Argentina, 1827, pág. 56.



Se corrobora esto mismo tomando conocimiento de lo que ocurria en el centro y en la izquierda de nuestra línea. El Teniente General Braün y el mariscal Barreto creyendo segura su izquierda formaron sus cinco batallones en columna de ataque como hemos dicho: dos batallones austriacos hacian dos puntas paralelas, dos brasileros cubrian los fiancos, y otro formaba la reserva:

Braün á su frente está: y él solo fuera
El digno contendor que Alvear tuviera.
. . . .
Ya se acercan las masas condensadas
De los fieros Teutones,
De agudas bayonetas crizadas.
Rodeados del cañon sus batallones
Muros parecen que moviera el Arte.
(J. C. Varela.)

Esta atrevida y amenazante embestida no habria tenido lugar si la batalla hubiera comenzado con las operaciones de las grandes masas de caballeria del nº 1, nº 2, 8 y 16 como el general en gefe lo habia dispuesto; pues en vez de que el enemigo hubiera podido iniciar el ataque con su centro, harto trabajo le habria costado defenderse en su propia línea como se probó inmediatamente, y lo vamos á ver. Pero viendo Braün la derrota completa de Lavalleja y que quedaba aniquilado y deshecho nuestro primer cuerpo, consideró ase-

gurada su izquierda y avanzó sus columnas sobre nuestro centro. Para contenerlo, el general Alvear le echó al frente el nº 1º. El coronel Brandzen dió dos grandes cargas con el ímpetu propio de su gran carácter, pero fué rechazado, y despues de un momento las columnas siguieron su paso. Al iniciar la 3ª carga, y mientras cambiaba unas palabras con el general en gefe, Brandzen cayó muerto. Cargaba al mismo tiempo el coronel Paz: en el primer empuje es rechazado: rehace con bizarria su regimiento, y oblicuando hácia su derecha, cae de flanco sobre la columna austriaca que traia la izquierda, y la conmueve; pero teniendo que lamentar la pérdida de un brillante oficial, el teniente coronel Besares, comandante del 3.er escuadron. Nuestra artilleria, concentrada como hemos dicho, y manejada con una rara habilidad, segun lo veremos por los partes del enemigo, diezmaba de frente las columnas de Braün y de Barreto, con un ruido infernal é incesante, al que el enemigo respondia desde su lejana colocacion. Lanzado tambien el nº 8 en sosten del 1º y del 2, ya fuése por mal manejo, por ineptitud de su gefe, ó por su falta de serenidad para desplegar sus escalones y llevarlos al combate, *remolineó,* se envolvió y se desbandó vergonzosamente. El coronel Zufriategui no era por lo visto el gefe indicado para dirijir ese precioso cuerpo. Por

fortuna, sentíase en ese momento, detrás de la columna de ataque brasilera, los efectos del triunfo de Olavarría sobre la izquierda; y la columna, atacada vigorosamente de frente por el 1º, el 2º y por los *Coraceros* del coronel Nicolás Medina, acribillada por la artilleria, y amenazado por Olavarria en su costado izquierdo y retaguardia, vaciló en el mismo momento en que el 5º bajo las órdenes de Olazábal salia de nuestra línea y la embestia por su costado derecho. El teniente general Braün y el Mariscal Barreto formaron un sólido cuadro y se pusieron en retirada con un órden completo y severo. Lo curioso es que el batallon austriaco que traia la izquierda de la columna, no pudiendo replegarse á su derecha por tener obstruido el camino, y por el humo que hacia una densa tiniebla sobre todo el campo, siguió adelante con una audacia rara y se corrió por el frente de nuestras fuerzas sin que nadie lo apercibiera, á términos que el mismo coronel Paz que lo tuvo inmediato, creyó por el uniforme que llevaba y por la marcha que hacia, que era un batallon argentino; los austriacos marcharon así hasta incorporarse sanos y salvos á la division Callado en la extrema derecha de su campo.

Por este lado el coronel Lavalle no habia cumplido sino á medias las órdenes que se le habian dado. Segun dice el general, se le

habia ordenado que arrollase y dispersase las divisiones de caballeria que formaban á la derecha de la division Callado. La operacion era facilísima para un gefe de nombre como ese coronel, que ademas del nº 4 tenia bajo sus órdenes el escuadron de *Colorados* que mandaba el comandante Vilela; y como la caballeria enemiga no tenia consistencia para volver al campo de batalla una vez que huyese desorganizada, se le habia ordenado al coronel Lavalle que la dejase alejarse, y que volviese con los mil soldados de primer órden que mandaba, á ejecutar sobre el flanco de Callado la misma operacion que con tanta bizarria ejecutaba Olavarria en la derecha.

El coronel Lavalle dispersó la caballeria enemiga; pero no volvió al campo de batalla por el flanco en que debia haber atacado la infanteria, sino muy entrada la noche, segun dice el general en gefe; alegando que en la persecucion se le habian estropeado tanto los caballos que no habia podido retroceder á tiempo. Chismes le llegaron al general Alvear (él lo dice) de que el coronel Lavalle se habia puesto á salvo con eso de que lo hiciese matar á ciencia cierta como al coronel Brandzen: suerte fatal de que por casualidad se habia salvado el coronel Paz. A ese cargo contesta el general en gefe que si expuso á todos esos oficiales, habia sido exponiéndose él mismo como gefe

inmediato del 2º cuerpo; por que la composicion de su ejército lo habia obligado á emplear caballeria en esas operaciones, desde que tenia ápenas la infanteria y la artilleria necesarias para defender el centro de su línea.

Al ver que las columnas brasileras del centro que habian traido el ataque, se retiraban en cuadro, dejando parte de la artilleria, y siguiendo el mismo retroceso de la brigada Abreu, el general Soler formó dos columnas con los cuatro batallones del tercer cuerpo, y se puso en marcha sobre la division Callado que ocupaba la derecha de la línea enemiga. Pero el mariscal Callado llevando la mayor parte de la artilleria de su division, se puso tambien en retirada con un órden completo; y dando apoyo á las demas columnas y grupos que abandonaban el campo de batalla, siguió sosteniendo con energia la retaguardia, é hizo imposible que nuestra infanteria, con el número diminuto que tenia pudiese poner en apuro la retirada de una division mucho mas fuerte como era esa. Sinembargo, si en ese momento el coronel Lavalle hubiese estado en su puesto con el nº 4 y con los *Colorados*, habria podido atacar de flanco á Callado, dispersarlo, y ponerlo en inminente riesgo de perderse completamente como lo habia hecho Olavarria sobre el otro extremo. Pero como en esos momentos el coronel Lavalle, era ya un hombre político de gran-

des esperanzas y de mucho influjo, se reservaba con altas y seductoras miras para el próximo porvenir que le lisongeaba. Asi es que despues de la operacion ejecutada sobre las milicias de caballeria, los documentos no mencionan su nombre en los sucesos subsiguientes de la batalla.

La gloria del dia habia sido heróicamente disputada en los dos campos, y réciamente ganada por las armas argentinas. Lo que era de sentir es que en vez del favorito fanfarron que la habia perdido, no hubiese estado en el campo de batalla el mismo Emperador; y que una prudencia de mera política le hubiera hecho pensar que no convenia á su alto rango exponer los monárquicos respetos debidos á su persona y á su imperio en las eventualidades de una campaña contra los republicanos.

Si en la manera con que habia dirigido su marcha hasta el corazon del país enemigo, y cortado por su base la línea imperial, el general Alvear se habia mostrado un estratégico de primer órden, no menos hábil habia sido en sus laboriosas operaciones para destruir todos los depósitos, sorprender los convoyes, desbaratar la caballeria de los imperiales, y atraerlos al fin á un terreno, en donde, si era desgraciado, tenia una retirada fácil por la costa del Uruguay hasta el Salto; y donde si triunfaba, quedaba en segura posesion

del centro del país invadido. Se puede ser tan hábil como el general que realizó estas operaciones: serlo mas, es difícil, si se tienen en cuenta los escasos recursos, las pocas fuerzas de que disponia; y sobre todo—el lúgubre estado en que se hallaba el gobierno nacional, por la situacion anárquica del país mismo cuyos intereses servia.

Comparada la situacion, los recursos y el tiempo en que tuvo que operar el general Alvear, con la que le tocó al general San Martin en 1816 y 1817, no hay como desconocer las ventajas con que este último contó. En primer lugar, tenia un pié seguro en Mendoza, un gobierno en la capital que le dada cuanto necesitaba; y *dos años y medio* de preparativos tranquilos. Mientras que Alvear no tuvo mas tiempo para disciplinar su ejército y disponer la campaña, que seis meses—de mayo de 1826 á diciembre del mismo año, en que abrió sus operaciones.

Con una combinacion de marchas estratégicas hábilmente calculadas, el general Alvear habia maniobrado en el terreno enemigo desde *Bayés* á *Santa María*. Con aquella sagacidad y fijeza de propósitos bien deliberados, que caracteriza á los guerreros de buena escuela y de génio, habia desconcertado completamente á sus adversarios, entre los cuales figuraba Braün, hombre consumado en la cien-

cia de las campañas y de las batallas europeas. A la luz del dia habia sorprendido rudamente al enemigo: no á manera de los montoneros ó gefes de bandas que son siempre impotentes para sorprender ejércitos reglados: no en la oscuridad de la noche, como en un acto de suprema desesperacion; sino estratégicamente y sobre un campo de batalla escogido y preparado de antemano para disputar con ventaja la victoria. Los gefes mismos del ejército imperial están contestes en tributarle este honrosísimo testimonio. La batalla que el ejército imperial dió el 20, no produjo la victoria de nuestras armas (dice un oficio de Barbacena al Emperador) por que no se cumplieron mis disposiciones, y por que EL EJÉRCITO IMPERIAL FUÉ SORPRENDIDO DURANTE SU MARCHA.

El ejército argentino habia entrado en batalla con una fuerza efectiva de siete mil y trescientos hombres: el ejército brasilero tenia cerca de nueve mil. Aunque la victoria habia sido completa, y aunque el ejército brasilero no podia ya mantenerse al alcance del ejército argentino, la persecucion no pudo ser activa ni apremiante porque las caballadas estaban exhaustas, y porque nuestras fuerzas de infanteria eran escasas para lanzarse imprudentemente hácia adelante en una provincia populosa y enemiga por raza y por lengua. Por mas que se hizo, la desobediencia ó soberbia de algu-

nos gefes, fué causa de que los brasileros lograsen salir del conflicto mas ó menos deshechos y ganar al otro lado del Rio Yacuy: fuerte barrera de aguas caudalosas que no podian ser traspuestas por los argentinos sino con operaciones laboriosas y solo despues de algunas semanas de reparacion y de reposo.

Hablando de la batalla uno de los principales gefes enemigos, el coronel Leitao, le escribe así al Mariscal Moraes con fecha 24 de marzo de 1827—«Gracias al Altísimo todavia estoy vivo para tener el honor de escribirte pues en la batalla del dia 20 de febrero estuve bajo toda clase de fuego y de metralla, de tal manera que el batallon en que yo estaba mandando la brigada, que era el 4, tuvo muy luego siete oficiales muertos, y me metieron cuatro granadas *dentro del cuadro* llevándome á veces dos y tres filas: el comandante estaba muy herido, el mayor, dos capitanes y varios subalternos muertos. La brigada se componia del 3, del 4, y 27. Todos confiesan aquí que si no hubiese sido por la infanteria, todo se hubiese perdido. Nos hemos quedado con lo que teníamos en el cuerpo, y la pérdida fué mas considerable de lo que se imaginan.» Otro oficial del nombre de Cunha le escribia esto al señor Duarte Lial—«El dia 20, despues de tenernos en marcha desde el 15 en seguimiento del enemigo comiendo carne sin

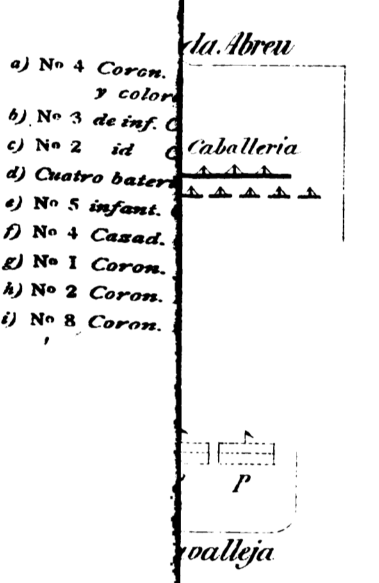
fariña y sin sal, el señor Marqués de Barbacena, persuadido que éramos de fierro, nos encontramos DE IMPROVISO *con los españoles*. La providencia divina fué quien nos socorrió, porque nosotros teníamos 9,000 hombres, y los *españoles* mas de 12. (!) Luego, el mariscal Braün hizo poner nuestra division en la línea de la batalla y *avanzar* sobre ellos, cuando nos *carga* una gran columna de caballeria que nos obligó *á formar cuadro;* formado este empezó el fuego, y ahí fué herido mi comandante y muerto mi mayor Galamba. Tuvimos que retirarnos, y en esta retirada fué en la que sufrimos mayor pérdida por las balas de cañon que nos metian dentro del cuadro; murió mi capitan y el de la 2ª compañia. Despues de habernos retirado como á un cuarto de legua, quisimos descansar; pero el general supo que nos habian tomado ya todas las carretas de bagajes y municiones, y como *quedábamos sin nada,* mandó el marqués que nos retirásemos: lo que hicimos *á buena prisa* desde las 3 de la tarde hasta el otro dia á las 5 de la mañana, á cuya hora recien pudimos comer. Pero á las diez volvimos á marchar, y así continuamos todos los dias marchando desde las 4 de la mañana hasta las 2 de la tarde. Recien el 3 de marzo hemos encontrado sal y fariña y aguardiente; pero estamos desnudos y solo con la ropa



das
tas
ero
que
me-

eral
sus
atis-
smos
bien
men-
cado
exi-
iedad
sados
érito
otro
ocu-
alzaba
nete
el —
á Mi-
de pié
paz y
testa in-
estaba
cosa,
de mayo

a) No 4 Coron.
y color
b) No 3 de inf. C
c) No 2 id C
d) Cuatro bater
e) No 5 infant.
f) No 4 Casad.
g) No 1 Coron.
h) No 2 Coron.
i) No 8 Coron.



j) Coraceros Coron. Nic. Medina
k) No 16 Lanceros
Coron. J. M. Olavarria
l) No 3 Coron. A. Pacheco
m) No 9 Coron. Man. Oribe
n) Milicias de San José
y Com. Ignacio Oribe
o) Dragones
Com. Anacleto Medina
p) Milicias de la Colonia
y Com. Laguna y Quinteros
q) Carab. de Linea
Com. Servando Gomez

nte en la noche

puesta, porque los españoles se llevaron todas nuestras balijas.» Ademas de estas cartas se encuentran muchas otras en el *Mensagero Argentino,* que fueron interceptadas y que pintan vivamente los sucesos de este dia memorable.

Para enaltecer la nueva gloria del general Alvear era menester que la injusticia de sus contemporáneos viniese á amargar su satisfaccion, al mismo tiempo, y por los mismos hechos, con que él creia haber merecido bien de la patria. Los cargos llovieron al momento sobre su cabeza, porque no habia sacado de la victoria todos los resultados que le exigian, por un lado—la urgencia y la ansiedad del gobierno y de sus partidarios interesados en salir de la guerra para echar el ejército sobre los caudillos del interior; por el otro lado—la malicia con que la oposicion procuraba atenuar una gloria cuyo brillo realzaba indudablemente la soberbia del gabinete — «V. E. nos habia prometido (le decia el Ministro de la Guerra) que aunque fuese á pié conquistaria la provincia de Rio Grande, y obligaria al Emperador á hacer una paz inmediata. (22) El general Alvear le contestaba negando que hubiese escrito semejante cosa,

(22) Nota del Ministro de la Guerra de 31 de mayo de 1827.

y protestando que no se hallaria la prueba, por mas lisongeras y naturales que hubiesen sido sus congeturas despues de un triunfo como el de Ituzaingó. Bastará (decia él) que un militar como el ministro reflexione lo que pierde un ejército despues de una campaña activísima y de una batalla sangrienta; para comprender que el ejército argentino no podia hacer cosas sobrenaturales. Habia ocupado el corazon de la provincia enemiga: habia arrojado á los brasileros al otro lado del Yacuy: habia hecho la guerra viviendo del país enemigo y salvando de expoliaciones bélicas la provincia que habia ido á defender: habia hecho imposible que los imperiales invadiesen en adelante la Banda Oriental, y habia garantido para siempre su seguridad.

Desde Bayés hasta Santa Ana habia destruido todos los depósitos de materiales, víveres y pertrechos acopiados en tres años por el enemigo: tomándole sus mejores puestos estratégicos antes de la batalla final. La riqueza misma de ganados que tenia el territorio que habia ocupado, habia sido una ocasion fatal para el ejército; porque lo habia puesto en la necesidad de condescender con gefes y soldados, permitiéndoles que extrageran haciendas, y que las trasladasen á la provincia oriental, al Entrerrios y Corrientes en compensacion de sus servicios y penurias; pues el gobierno no les habia pa-

gado un centavo desde que estaban en campaña. Toda la division oriental se habia desgranado con este aliciente, sin que sus mejores gefes la hubieran podido contener: y por iguales circunstancias, los mismos cuerpos y gefes argentinos se habian contaminado con el mal ejemplo. ¿Qué hacer? Esas eran las condiciones desgraciadas del terreno y de la contienda: y habia sido forzoso al fin condescender con esta única manera de premiar las fatigas y los importantes servicios del ejército. Ningun gefe habia quedado sin que tomase su parte de ganados como única manera de recompensar sus servicios.

«¿Qué se han hecho esos inmensos depósitos del enemigo (eran grandes en verdad) tomados en *Bayés* en *San Gabriel,* en *Santa Maria* y *Santa Ana,*» preguntaba la oposicion mal intencionada. El general con evidente verdad demostraba que habiendo sido tomados antes de la victoria, y en marchas estratégicas que no eran definitivas todavia, habian sido destruidos despues que la tropa habia tomado lo que podia llevar; y que habia sido necesario hacerlo así no solo para que el enemigo no los recogiese al seguir su marcha los argentinos, sino para que no los aprovechase si el éxito de la batalla no les era favorable: cosa que no era posible decidir de an-

temano; y que ningun gefe prudente y experto supone antes de los hechos.

Otros procuraban anonadar su gloria comparando el éxito dudoso de su campaña, y de su victoria, con las de San Martin en Chile. Este (decian) en una sola batalla se apoderó de todo el país, y en otra lo aseguró para siempre quedando en su poder dos ejércitos realistas. Enhorabuena: sin contar con el equipo diversísimo que se puede dar á un ejército en Mendoza y en la Banda Oriental, sobre todo en cuanto á la distinta educacíon y administracion de las caballadas, era preciso tener presente que al trasmontar la Cordillera San Martin contaba con el entusiasmo y con la cooperacion del territorio invadido, y que operaba *en país amigo*, donde eran aborrecidos los enemigos que él combatia; mientras que en el Rio Grande el caso era totalmente diverso. En Rio Grande el ejército era extrangero por el idioma, por los intereses y por la bandera. Era un ejército conquistador y no libertador: antes bien opresor á los ojos de los brasileros. Las masas huian natu[illegible] mente de él, y lo hostilizaban retirándol[illegible] los recursos de movilidad y de ali[illegible] Armados en numerosísimas partida[illegible] rio-grandeses hacian difíciles [illegible] ciones.

Que se supongan en la [illegible]

sil las mismas condiciones en que San Martin habia encontrado los pueblos de Chile y del Perú: que se haga al Rio Grande provincia oprimida por el emperador del Brasil, ó una república sojuzgada por los realistas: y entonces—Ituzaingó, como Chacabuco y como Maipú, como Junin y como Ayacucho, habria bastado para dar el mismo resultado que dieron estas otras batallas, con cuya gloria podia muy bien competir como gloria militar. ¿Pero cuándo ha mostrado entrañas y rectitud el egoismo de los partidos? ¡Y qué época aquella en que el general Alvear tenia que defender su legítima gloria!

La Presidencia tocaba en esos mismos momentos al límite fatal de sus contrariedades internas. Si no conseguia hacer la paz y disponer del ejército, para emprenderla con las provincias disidentes comenzando por Santafé y Córdoba, la causa presidencial estaba irremisiblemente perdida: ni dos meses de espera podia soportar en pié. Era indispensable que el General la salvase; y que, tuviese ó no tuviese fuerzas bastantes y recursos, conquistase con cinc[illegible] ombr[illegible] escasos y trabajados, no [illegible] ra[illegible] Rio Grande, des-[illegible] tico, sino algo [illegible] mperador, ater-[illegible] los perjuicios, [illegible] az, y viniese á

ofrecerla humildemente al gobierno argentino, que estaba mucho mas angustiado en verdad que lo que podia estar el imperio apesar del descalabro de sus armas en la primer jornada. Era pedir imposibles.

Claro es que sin este resultado, todo lo que el general habia hecho para nada habia servido en provecho del gobierno. Y esto se lo estampaban á sus ojos sus amigos, y se lo exigian como una obligacion, como una promesa que debia cumplir, só pena de que él fuera la causa de que cayeran del poder con todo el órden orgánico que habian construido; y esto se lo repetia la oposicion para mirarle en menos á él y al partido que servia; pues como ella contaba con que el general no tenia medios de llenar las responsabilidades absurdas que se le imponian, buscaba el inmediato derrumbe de la armazon artificial en que estaba aposentado el partido contrario. En el mismo ejército, impacientes algunos gefes afiliados á la política de la capital, pregonaban estas críticas dentro de las mismas filas con altivez y con desden. ¿Qué podian valer, contra esas intrigas é injusticias, los hechos ni las explicaciones evidentes con que el general defendia sus actos: con que patentizaba no solo la insuficiencia, sino la carencia absoluta de recursos, y el abandono en que le habia tenido ese mismo gobierno que tanto le exigia?

«El ejército argentino compuesto en la mayor parte de caballeria, porque las provincias se habian negado, por la guerra civil, á seguir remitiendo contingentes, se encontró despues de la batalla, al entrar á *San Gabriel* por la segunda vez, en seguimiento del enemigo, con toda esa arma en imposibilidad de operar con presteza y eficacia; y no era posible aventurarla en busca de recursos y caballadas, pues el enemigo las habia retirado á gran distancia; y todo el país estaba alzado. A esto habia que agregar que no era posible, ni tenia objeto, permanecer en *San Gabriel.* En todos aquellos contornos los pastos estaban quemados por el sol de febrero, y reducidos á polvo.

El ejército se trasladó á *Los Corrales;* y despues de unos quince dias de descanso, abrió una nueva campaña dando vuelta por la sierra de *Camacuá* para volver por la derecha á situarse sobre la *Laguna* en aptitud de amenazar á Rio Grande. Creia el general que cuando el Presidente señor Rivadavia viese los resultados de la campaña, y la situacion en que se habia colocado el ejército, comprenderia que con una remesa de mil infantes y de los recursos estrictamente necesarios para moverse y operar, el ejército se apoderaria de la capital enemiga y de las demas poblaciones importantes que constituian la llave

de la provincia.» El general en gefe habia representado á su gobierno la necesidad de que le remitiese infanteria. Todos los oficiales estaban contextes en que sin el aumento de esta arma nada podia hacerse; y puede asegurarse (dice) que si se le hubiesen remitido nada mas que 500 infantes en marzo ó abril, era infalible la ocupacion de Riò Grande aunque hubiera sido por poco tiempo. Con tres mil hombres mas la hubiéramos mantenido en nuestro poder por el tiempo que hubiera sido necesario.»

Al coronel Olivera se le mandó desde los Corrales que volviese con su division al departamento de *Maldonado:* que montase allí la tropa, y que entrase á *Rio Grande* por el camino que pasa entre el mar y la *Laguna Mirin.* La reunion de esta division con el grueso del ejército debia verificarse sobre el arroyo de *San Gonzalvo.* Pero no lo pudo hacer: los caballos no vinieron.»

Del gobierno nacional no llegó el menor refuerzo: lo que prueba que estaba en la mas completa impotencia de continuar la guerra. A lo único qne arribó fué á entenderse con el capitan de marina Mr. Fournier para que expedicionase por mar sobre *Rio Grande:* se le dieron cuatro buques mal armados, y se le autorizó á buscar por sí mismo sus tripulaciones acordándole una patente de corso para des-

pues de la operacion. Pero ya fuera que no tuviese aptitudes: que sus tripulaciones fuesen compuestas de mala gente, de avenedizos sin disciplina, mas propios para la pirateria que para un servicio regular, el hecho fué que entró á la Laguna como pirata, que saqueó los pueblos por dos dias, y que se hizo al mar con el botin. Por otros hechos mas irregulares lo persiguieron los ingleses; y habiendo aportado á Bremen, abandonó los buques y desapareció, sin que se haya podido sabèr nada mas de él: dejó en Buenos Aires un hijo legítimo: jóven trabajador de bastante mérito por cierto.

«El ejército vió pues escapársele así la ocasion de dar á la *Capitania General* un golpe de importancia ocupando á *Rio Grande;* no por los obstáculos que presentaba el enemigo sino por la falta de los elementos que el gobierno le habia ofrecido, y debia haberle dado. Si tantas contrariedades no se hubieran puesto al envio de los refuerzos ¡quién sabe donde se hubieran detenido las armas victoriosas de la República! ¡quién sabe hasta qué punto se hubiera abatido el orgullo del Emperador!»

«El General en Gefe permaneció sin embargo en el territorio enemigo mucho mas tiempo que el que dictaba la prudencia. Por un lado no podia resolverse á creer que no se le enviaran las caballadas pedidas con las

que hubiera sido tan fácil apoderarse de Rio Grande; por otro, sabia que el Gobierno habia enviado una mision á Rio Janeiro: y aunque nada se le habia comunicado de oficio sobre este importante asunto, creyó favorecer las pretensiones de la República permaneciendo en el territorio enemigo el tiempo suficiente, al menos, para el logro de la negociacion entablada.»

«Pero al fin era inevitable que el ejército entrase en cuarteles de invierno. Sus caballos estaban en tal estado que no podian andar mas de dos leguas al dia; y eso caminando la tropa á pié y tirando del diestro con dos dias de descanso en cada jornada.»

«Tal fué el término de una campaña, que apesar de tantas contrariedades, y á despecho de la calúmnia, ha sobrepujado las esperanzas de los mas inteligentes. Sus resultados hubieran sido asombrosos, si la nacion hubiera auxiliado los esfuerzos de un puñado de bravos, que fueron vencedores en cuantos encuentros han tenido, y que no tenian de donde esperar recursos ni aumento de fuerza.»

«Antes de abrir la campaña, el gobernador de *Corrientes* habia ofrecido mandar 800 hombres á cooperar con el ejército. El gobernador Aguirre de *Misiones* visitó al general en gefe en su cuartel general del *Arroyo Grande*, y ofreció tambien sus auxilios. El general en

gefe mandó al mayor Reyes á proponer al gobernador de Corrientes señor Ferré, que pasase á invadir los pueblos de las *Misiones portuguesas.* Si la fuerza correntina se hubiera reunido á la misionera para llevar adelante aquel plan, no hubiera hallado obstáculo, y se hubiera *atraido á los indios guaranies,* que miran con apego á los patriotas, porque no pueden olvidar que fueron parte de la monarquia española. Esta pequeña provincia tiene siete pueblos; su poblacin hubiese engrosado nuestras filas. Su campaña tiene muchas estancias que abundan en caballos y mulas. La division correntina se hubiera dado la mano por *San Gabriel* y *Cementerio* con el ejército. Este hubiera recibido por su medio las caballadas que tanta falta le hacian. Pero esta operacion se frustró por las altercaciones que estallaron entre aquellos dos gobernadores.

« Ferré, cuyo genio terco y maciso es bien conocido, fué tan fatal entonces como en épocas posteriores. Aguirre, indio vano que se tenia por militar, no quiso sugetarse, segun dijo, *á los oficiales* de un gobernador como Ferré que no entendia sino *de oficiales de carpinteria:* aludiendo á que habia sido maestro carpintero de ribera. Y así fué como por todas partes, la discordia se conjurara contra la causa de la patria, mientras que el

ejército privado de tan poderosos auxilios, y agobiado con todo género de penurias, era la única barrera que hacia respetar nuestro suelo: digo mal—el suelo oriental, que era y es cosa muy diversa.

« Los cuarteles de invierno en el Cerro Largo (sigue diciendo el general) dan para la próxima campaña una ventaja importantísima sobre el enemigo. Nuestro ejército está á 50 leguas de Rio Grande. Sus caballadas repuestas en la primavera, y remontadas sus faltas, no solo le durarán lo bastante para llegar á aquel punto, sino para poder maniobrar en otras 200 leguas. En la campaña pasada el ejército partió de una inmensa distancia; ha andado seguramente muy cerca de 400 leguas. Era imposible hacer mas. En América la duracion de las guerras es larga, por las grandes dimensiones de los países, por su falta de poblacion, por lo diminuto de los ejércitos, por la amplitud de los rios, y por otras circunstancias harto conocidas. El ejército argentino ha sobrepujado todos estos inconvenientes: ha hecho su deber; ahora toca AL GOBIERNO DE LA NACION HACER EL SUYO. »

Apesar de todo, en la segunda campaña del general Alvear, el ejército argentino obtuvo nuevos laureles, y difundió el terror por toda la provincia de *Rio Grande,* como lo vamos á ver. En la marcha de *Bayés* al rio *Ya-*

guaron, el coronel Oribe sorprendió en esa villa las fuerzas nuevas que Bento Manoel y Bento Gonzalvez habian reunido; y no obstante la superioridad del número y de la infanteria en que se apoyaban, las acuchilló y destrozó completamente.

Poco despues, el general en gefe tuvo noticia de que una nueva fuerza se habia situado secretamente en las puntas de *Camacuá* á las órdenes del mariscal Barreto. Combinando entonces una marcha acertadísima por el centro de la Sierra, desprendió dos divisiones: una á las órdenes de Mansilla y de Paz, por un lado, y el primer cuerpo á las órdenes de Lavalleja por el otro, que cayeron sobre el enemigo; y si bien no lograron sorprenderlo por un acaso, lo desbarataron causándole pérdidas enormes: lo persiguieron por mas de dos leguas, y sellaron allí dos dias de gloria con el nombre de *Camacuá.* En el *Yerbal* tambien el general Lavalle pegó otro golpe récio, y logró capturar al famoso guerrillero Yucas Teodoro, que tuvo la ocasion de habitar por mucho tiempo con don Jacinto de Sena Pereira el salon alto de la calle del Perú donde hasta ahora pocos años se conferian los grados universitarios. (23)

(23) Calle del Perú frente á la plazoleta del *Mercado del centro.*



El mismo Barbacena le decia oficialmente á su gobierno — «Con un enemigo dispuesto á cercarnos, fué preciso retirarnos. Estando con una caballeria mal montada y con una infanteria cansadísima, ando buscando UN PUNTO MENOS EXPUESTO, en que pueda recibir con seguridad los socorros que me son indispensables. Mi opinion es pasar el *Yacuy* y situarme en el paso de *San Lorenzo*. Algunos gefes prefieren á *San Sepé;* pero *San Sepé* dista seis leguas de San Lorenzo, y puesto que ellos convienen en que debemos retirarnos hay contradiccion en no ir mas lejos.»

Los restos del ejército enemigo se acuartelaron en las inmediaciones de *Rio Pardo,* contando con que el invierno y la poca fuerza del ejército argentino le obligarian tambien á suspender sus marchas. Las lluvias comenzaron en efecto: los caballos se ponian inservibles, y fué de todo punto imposible seguir operando ni hacer otra cosa que retrogradar á tomar cuarteles de invierno en *Cerro Largo.*

Entretanto véase la situacion en que se hallaba la provincia de Rio Grande—«El comercio (decia un oficio de su Presidente) está muerto por estar la provincia invadida por un fuerte ejército argentino, que habiendo ganado una batalla el 20 de febrero nos amenaza todos los dias con su venida. Todas las familias de *San Francisco de Paula* se retiran aquí Los

tenderos están encajonando sus géneros: los comerciantes redondeándose; y otros poniendo lo preciso en salvaguardia. Finalmente todo es terror, todo es miedo. Se habla aquí de condiciones de paz, en que la Inglaterra servirá de intermediario. Dios lo permita! pues de lo contrario está ya visto lo que será de nosotros.»

El caballero Henaud, coronel francés que estaba en Rio Grande al servicio imperial, le escribia al cónsul General de Francia en estos términos—«Señor conde: mi posicion en esta provincia es demasiado desgraciada, despues de la batalla del 20 de febrero *dia funesto para las armas brasileras.* Segun las relaciones mas ciertas, la division del general Braün, que mandaba á la infanteria brasilera comenzó el ataque sostenida por toda la caballeria. Al llegar á la primera línea de los *españoles* estos hicieron atacar los flancos del ejército brasilero que bien pronto se retiró en desórden, perdiendo su artilleria, todos sus bagajes y gran número de tropa. Se asegura en este momento que los restos del ejército brasilero se retiran á *Puerto Alegre,* lo que dejará en poder de los *españoles* una gran parte de esta provincia y ellos acabarán por hacerse dueños del puerto de *Rio Grande.* La provincia está en gran peligro, y creo que si se hubiesen seguido los consejos que en presencia de V. E.

me tomé la libertad de dar á S. E. el ministro de R. E. al principio de la guerra (cuando yo le hablaba con la franqueza de un militar) el tesoro del Brasil habria ahorrado mucho, y todo hubiese terminado bien pronto; mientras que ahora.... »

Aunque muy gloriosa en verdad, por la desproporcion de las fuerzas, y por los hechos brillantes que mantuvieron el lustre de nuestra bandera, la guerra marítima que entonces tuvimos que sostener con el imperio, es un mero episodio, que no tuvo influjo decisivo en la política ni en el curso de los acontecimientos por la situacion interna en que cayó el país despues: á causa de la aventura presidencial. La guerra nos sorprendió, por nuestra misma precipitacion, sin que hubiésemos podido tener tiempo de formar y de aparejar una escuadra de mar. Con tres corbetas y una fragata de verdadera construccion y armamento, que hubiésemos podido adquirir y aparejar á tiempo, Brown, el ínclito marino de las jornadas de *Montevideo* y de *Guayaquil* en 1814 y 1816 habria hecho imposible de todo punto el bloqueo del puerto de Buenos Aires y de los rios; y esto habria bastado para que el Brasil no hubiese podido hacer pesar sobre nuestro tesoro y sobre nuestro comercio las afligentes penurias de un bloqueo impuesto al único canal que entonces te-

nlamos para recibir y exportar mercaderias; y aunque estamos muy lejos de mirar en menos las aptitudes y la virilidad de ningun pueblo americano, y sobre todo de un pueblo libre como el del Brasil, su administracion y sus medios de accion estaban entonces en tal desquicio, y en tales deficiencias, que si Brown y nuestros marinos hubieran podido maniobrar en el rio y en el mar con una buena fragata y tres corbetas, difícil habria sido que la plaza misma de Montevideo se hubiera escapado de pasar por sérios contrastes y peligros que quizá no hubiera podido superar. Toda la faz de la guerra hubiera cambiado con esto solo, y sus resultados finales hubiesen sido muy diversos de lo que fueron.

La prueba de que no hacemos sino congeturas muy probables, está en los sucesos mismos y en las empresas admirables que realizaron nuestros marinos con goletillas y cascos advenedizos de la peor clase.

Urgido y apremiado por las circunstancias, y no teniendo otro punto del globo á donde ocurrir por buques de mar, el gobierno tuvo la malhadada idea de ocurrir á Chile y de enviar al coronel don Ventura Vazquez con algunos otros oficiales á negociar la vieja fragata *María Isabel* que la Rusia habia vendido á la España *como quien mete un clavo,* y dos corbetas, mas desmanteladas todavia, de la

misma procedencia, que habian quedado en poder de esa república gracias á la manera irregular con que el general San Martin habia desnaturalizado arbitrariamente en 1820 las fuerzas, los recursos y los derechos que el gobierno argentino tenia, y que este general debia haber defendido y mantenido, sobre los buques, las fuerzas, y los armamentos que habian servido en la guerra del Pacífico. Los chilenos, que ya no nos necesitaban en 1826, y cuya vanidad comenzaba á tenerse por ofendida por los mismos servicios con que los habíamos salvado de los realistas, tenian su amor propio nacional lastimado de que nuestros soldados hubiesen ido á triunfar por ellos en su propio país; nos trataron y con la fria y seca conciencia de mercaderes judios. Haciendo olvido no solo de las ingentes sumas que nos debian, sino de que esos buques que estaban en sus manos habian sido adquiridos con el decisivo contingente de nuestra sangre y de nuestros tesoros, y solo por una arbitrariedad del General de nuestras fuerzas, que.... les habia abandonado nuestros derechos y nuestros títulos, pensaron solo en sacar partido de nuestras penurias actuales vendiéndonos la cosa comun (ellos que no nos habian dado entonces ni despues remuneracion ni reembolzo de nuestros sacrificios) por un enorme precio de un millon y doscientos mil duros *al contado*. Ya no me-

reclamos ni el crédito siquiera de un plazo para pagarlos; y atribuyéndonos la fé púnica, desconfiaron de que fiándonos esos recursos los tomaríamos á cuenta de lo que estaban resueltos á no pagarnos jamás.

Vazquez pasó por todas las condiciones del vendedor. Apremiado por las exigencias del gabinete de Buenos Aires ansioso de hacer levantar el bloqueo brasilero para entrar en fondos, se echó al mar en esos buques desaparejados, con una tripulacion escasísima para tan árduo viaje, pensando solo en su pronta aparicion sobre el teatro de los sucesos.

Luego que el gobierno de Buenos Aires tuvo aviso de que Vazquez habia salido de Valparaiso, mandó que Brown con buquecillos de comercio disfrazados en guerra y con un pequeño bergantin fuese á cruzar por la entrada del Rio de Plata y por las costas del sur, á fin de tomar el mando superior y de dar convoy oportuno á los buques que se esperaban. El almirante argentino hizo prodigios en su crucero: alarmó los puertos de Montevideo, de Rio Grande, de Santa Catalina, y perturbó todo el comercio marítimo del Brasil. Dos escuadras salieron á perseguirlo, hasta que habiendo recibido noticias fidedignas de que los buques procedentes de Chile se habian dispersado ó perdido en los mares del Cabo,

como en efecto habia sucedido, volvió su rumbo al Rio de la Plata y entró á la rada interior de Buenos Aires el 25 de diciembre de 1826 por el centro de la línea del bloqueo, con su audacia y con su fortuna nunca desmentidas. ¡Y llegaba á tiempo en verdad!

Lecor, el hábil gobernador de la plaza de Montevideo, habia previsto que el ejército argentino invadiria el Brasil, y pensó que el general argentino, cuya pericia conocia bien, no comprometeria sus tropas á la derecha del *Yaguaron* ni sobre las costas del mar, donde le habria sido difícil mantenerse, ó retirarse en caso de tener alguna contrariedad. El general Alvear, segun él, preferiria operar por la línea del *Cuaraim* y apoyar su izquierda y su retaguardia en las costas del Uruguay para mantener sus comunicaciones inmediatas por Entrerrios y Corrientes. No se le pudo ocurrir que Alvear tomaria el camino que tomó, por un país desierto entonces y trabado por pasos que se tenian por impracticables. Dadas sus congeturas, nada era mas necesario y oportuno que ocupar marítimamente el Uruguay y flanquear la marcha supuesta del ejército argentino situando una escuadrilla á su retaguardia. Con esta mira bien calculada, Lecor armó y equipó en Montevideo una fuerte escuadrilla de rio, á las órdenes de don

Jacinto de Sena Pereira, marino experto en la navegacion del Uruguay donde habia hecho varias expediciones anteriores.

A su llegada, Brown fué informado de que esta escuadrilla brasilera acababa de pasar el 16 de diciembre por *Martin Garcia* aguas arriba. Inmediatamente montó en el bergantin *General Balcarce,* y zarpó el 26 con las goletas *Sarandí, Union, Guanaco, Uruguay, Pepa, Maldonado,* y con ocho balandras cañoneras, al mando de Espora, Rosales, Mason y otros aficiales de una bravura bien acreditada. Situado en *Martin Garcia* supo que don Jacinto habia subido hasta *Soriano* creyéndose libre de enemigos por la espalda. Para impedirle que retrogradase y que sorprendiese el paso, Brown fortificó la costa de la isla que dominaba el canal; y abrigado así bajo estos fuegos contrajo su enérgica actividad á completar sus tripulaciones con cívicos y criollos de la capital, admirables para el abordage y para la lucha de cuerpo á cuerpo en la tranquila superficie de la ria. Cuando estuvo pronto á principios de febrero, subió en busca de los brasileros, á quienes habia desmoralizado bastante esta inesperada aparicion en momentos en que lo creian vagando por los mares del sur, perseguido por la escuadra de Pintos Güedes, un *portugués* fanfarron que

habia prometido acogotarlo y encerrarlo en las *Bóvedas.* (24)

Despues de algunas operaciones incidentales, la escuadrilla argentina subió al encuentro de la brasilera; y el 9 de febrero de 1827 se batieron reñidamente en las imediaciones de la isla del *Juncal.* Como Brown tenia una completa seguridad en el arrojo de sus tripulaciones, puso todo su anhelo en eliminar la distancia de los fuegos, y llevar sus buques al costado de los enemigos con un ímpetu ciego para que no pudieran eludir el abordage. Reducida así al último trance, la goleta que montaba el gefe brasilero arrió su bandera y se entregó. Otras de sus naves hicieron lo mismo; y con esto, toda la línea enemiga se desorganizó, yendo unos buques á barar en los bancos del rio, y tomando otros por diversos rumbos á los canales internos que unen el Uruguay con el Paraná. De estos que escaparon en el primer conflicto de su derrota, tres ó cuatro se entregaron en Gualeguaychú con 500 prisioneros; pero dos lograron salvarse de la division argentina que los perseguia, tomando por el *Paraná Gutierrez* gracias á su poco calado.

La division brasilera denominada *del Canal Exterior,* se aproximó á *Martin Garcia* al oir

(24) Casas matas de las fortalezas de Montevideo.

el cañoneo:—«nos está amenazando (decia « Brown en el parte que daba de la jornada) « ojalá se atreva á venir! Tendríamos Exmo. « señor una gloria mayor;» y en efecto, sin llevar mas adelante sus movimientos la escuadra enemiga, que constaba de ocho corbetas y seis bergantines con otros buques menores en el número de 28 barcos y novecientos y tantos tripulantes, al saber que estaba consumada la pérdida de la escuadrilla brasilera *del Uruguay,* viró de bordo hácia afuera y vino á colocarse al frente de la capital con el ánimo de cortar á Brown, y de atacarlo cuando procurase ganar su fondeadero de *los Pozos* con todos los buquecillos vencedores y vencidos que traia. Pero el almirante sin preocuparse mucho de este peligro, siguió tranquilamente ocupado en fortificar á *Martin Garcia* para impedir una nueva tentativa, y en arreglar bien sus buques para los subsiguientes combates que hubiera de librar. Empleó en esto todo el mes de marzo; y el 24 de abril apareció con todos sus buquecillos al nordeste de la ciudad maniobrando sobre la derecha de la línea bloqueadora; al mismo tiempo que los bergantines *Congreso* y *República,* la corbeta *Veinticinco de Mayo,* y tres goletas mas zarpaban de las *Conchillas* procurando operar sobre la izquierda de la escuadra enemiga, que por la forma del canal tenia que mantenerse á

lo largo, sin poder concentrar su fuerza en uno ó en otro extremo.

Toda la mañana del 25 de abril se pasó en estos movimientos. La exhitacion del pueblo, que desde la ciudad presenciaba este espectáculo, sublime á los ojos de su patriotismo, estaba en su colmo: centenares de botes y balleneras remaban por el rio en aquella tarde anhelosos de ir á encontrar la escuadrilla nacional.

A eso de las 2 de la tarde, Brown hizo una tentativa resuelta á tomar su fondeadero de *los Pozos,* y se armó un cañoneo infernal en toda la línea brasilera desde el frente de los Quilmes hasta el del bañado que hoy se llama de *Belgrano,* sin grande motivo, segun parece, pues las escuadras no estaban á distancia conveniente de combate, y es de creer que todo aquel ruido proviniese del gusto de hacer fuego y humo de cañon que se habia apoderado de los marinos del imperio, en desagravio de la victoria del *Juncal* que tan indignados los tenia. Voló sin embargo un precioso bergantin brasilero inundando con una siniestra llamarada el vasto horizonte. Los espectadores todos se quedaron atónitos y horrorizados á la vista de tal catástrofe, aunque se vió bien que habian sido víctimas los enemigos.

La verdad es que la escuadrilla no encontró ningun obstáculo sério en su camino pues-

to que sin pérdida alguna, y sin combate verdadero, entró por el nordeste y fondeó toda entera en *los Pozos* á las 5 de la tarde.

Lo que pasaba en la ciudad es indecible. El pueblo entero, enloquecido con la fiebre del triunfo, se habia echado á las calles y á las barrancas del rio con banderas y músicas á recibir á Brown, que de un momento á otro debia bajar á tierra. Muchas faluas habian ido al fondeadero de la escuadra á recibir al marino vencedor y lo traian atronando al aire con los víctores, cuando arreciando la brisa del sur, echó la ballenera en que el héroe venia hácia la playa de la *Recoleta*. Acudió allá la multitud, y levantado en hombros al momento, las turbas lo trajeron sin que pisara el suelo hasta la *Alameda*. (25)

La Capitania del Puerto y las calles adyacentes se atestaron de gentes alborozadas: y así, en brazos de un pueblo entero que lo bendecia, fué traido al café aristocrático de la *Victoria*, (26) donde estuvo una hora á la espectacion pública que no se saciaba de victorearlo: de allí fué llevado á su morada en un

(25) Así se llamaba la arboleda de *Ombúes* que se extendia dos ó tres cuadras al frente del actual *Paseo de Julio* plantada por el Virrey Vertiz cuya estátua deberia figurar allí por honra nuestra.

(26) Situado inmediatamente en seguida de la casa actual del señor don Manuel A. Aguirre.

carruaje tirado á brazos. El triunfo no solamente era glorioso en sí y digno de exaltar el entusiasmo patrio, sino que tenia una importancia permanente, porque ademas de asegurar el flanco izquierdo y la retaguardia de nuestro ejército, aseguraba tambien la libre comunicacion interior de nuestros dos grandes rios, y por consiguiente la del ejército con Entrerrios y con la Capital.

Muchos otros encuentros sangrientos, (terribles y desgraciados algunos) tuvo nuestra débil escuadrilla con los buques de línea de la escuadra imperial, saliendo algunas veces muy estropeada, pero siempre con honra del valor y de la energia que nuestros marinos desplegaron en ellos. Ninguno de estos sucesos pasó de aquello que podríamos considerar como duelos accidentales y de efecto pintoresco, que se trababan ya por la inmediacion en que estaban fondeadas las dos fuerzas, ya por la necesidad de proteger, á costa de sangre y de sacrificios, los cargamentos de mercaderias extrangeras que se ponian de acuerdo con Brown para burlar el bloqueo, y entrar por la rada durante un combate, á surtir la plaza de las cosas necesarias á la vida y á la comodidad de sus habitantes.

Revelóse entonces tambien la importancia que habria de tener el *Rio Negro*, y las costas de la Patagonia, para nuestro comercio marítimo,

y aún como puertos de guerra. Muchos buques bien cargados se asilaban allí para trasladar sus mercaderias á otros de menor calado, que pudiesen violar el bloqueo con mayor facilidad. En sus bocas se abrigaban tambien los corsarios que martirizaban el tráfico marítimo de los brasileros. Refrescaban allí sus víveres; remontaban sus tripulaciones; y compuestas sus averias se echaban de nuevo á la mar. Mortificados por estos perjuicios los brasileros armaron una expedicion considerable contra estos abrigaderos. Pero fueron desgraciados. El vecindario de *Bahia Blanca* dirigido por algunos marinos asilados allí accidentalmente, los rechazó siempre con éxito y con bravura, haciéndoles sufrir un grande descalabro, en el que perdieron la hermosa corbeta *Itapacarica* y los dos bergantines *Escudero* y *Constante*, ademas de 400 y tantos hombres de desembarco que quedaron en poder de los vencedores con todo su armamento.

